

Nos llevará un tiempo considerable el apropiarnos las riquezas **de este pasaje, porque** hay pocos en el Nuevo Testamento donde se reúnan tantas grandes ideas fundamentales.

Empieza con una doxología dirigida a Dios, pero es una doxología su género. Para los judíos, la manera más común de empezar una oración era: «¡Bendito eres Tú, oh Señor, Rey del Universo!» Los cristianos asumieron esa oración, pero con una diferencia. Empezaban: « ¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!» Los cristianos no oramos a un Dios distante y desconocido, sino al Dios que es como Jesús, y a Quien, por medio de Jesucristo, podemos acudir con confianza filial.

Este pasaje empieza con la idea del *nuevo nacimiento*; el cristiano es una persona que ha nacido de nuevo, engendrado otra vez por Dios para vivir una nueva clase de vida. Entre otras cosas esto quiere decir que, cuando nos hacemos cristianos, se produce en nuestra vida un cambio tan radical que de la única manera que se puede describir es diciendo que la vida ha empezado para nosotros completamente otra vez. Esta idea del nuevo nacimiento recorre todo el Nuevo Testamento. Vamos a tratar de reunir lo que se nos dice de él.

(i) El nuevo nacimiento cristiano sucede por la voluntad y la acción de Dios (*Juan 1:13; Santiago 1:18*). No es algo que hace la persona, como no lo fue tampoco su nacimiento físico.

(ii) Otra manera de expresarlo es decir que este nuevo nacimiento es la obra del Espíritu (*Juan 3: 1-15*). Le sucede a una persona, no por su propio esfuerzo, sino cuando se entrega a que tome posesión de ella el Espíritu y la cree de nuevo interiormente.

(iii) Sucede por la Palabra de la Verdad, es decir, por el Evangelio (*Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23*). En el principio, fue la Palabra de Dios la que creó el Cielo y la Tierra y todo lo que hay en ellos. Dios habló, y el caos se convirtió en el universo, y el universo se equipó para y con la vida. Es la Palabra creadora de Dios en Jesucristo lo que produce este nuevo nacimiento en la vida humana.

(iv) El resultado de este nuevo nacimiento es que la persona que lo experimenta llega a ser primicia de una nueva creación (*Santiago 1:18*). La eleva de este mundo de espacio y tiempo, de cambio y caducidad, de pecado y derrota, y la pone en contacto aquí y ahora con la eternidad y la vida eterna.

(v) La persona nace de nuevo a una esperanza viva (*1 Pedro 1:3*). Pablo describe el mundo gentil como algo sin esperanza (*Efesios 2:12*). Sófocles escribió: «No nacer en absoluto es con mucho la mejor fortuna; lo segundo mejor es, tan pronto como se nace, regresar rápidamente allá de donde se vino.» Para los gentiles, el mundo era un lugar en el que todo se aja y decae; podría ser suficientemente agradable en sí, pero no conduce más que a la oscuridad sin fin. Para el mundo antiguo la característica cristiana era la esperanza, que procedía de dos cosas. (a) El cristiano percibía que había nacido; no de simiente corruptible, sino incorruptible (*1 Pedro 1:23*). Tenía en sí mismo algo de la misma naturaleza de Dios; y, por tanto, tenía una vida que ni el tiempo ni la eternidad podrían destruir. (b) Aquello procedía de la resurrección de Jesucristo (*1 Pedro 1:3*). El cristiano tiene para siempre a su lado -aún más, es una cosa con- este Jesucristo que ha conquistado aun la muerte y, por tanto, no hay nada a lo que deba tener miedo.

(vi) El nuevo nacimiento del cristiano le introduce en la integridad (*1 Juan 2:29; 3: 9; 5:18*). Por este nuevo nacimiento es purificado de sí mismo, de los pecados que le encadenaban y de los hábitos que le dominaban; y recibe un poder que le permite caminar en integridad. Eso no es decir que el nacido de nuevo ya no peca más; pero sí que cada vez que caiga recibirá poder y gracia para levantarse otra vez.

(vii) El nuevo nacimiento del cristiano le introduce en el amor (*1 Juan 4: 7*). Como el Don de Dios está en él, es limpiado de toda la amargura del resentimiento esencial de la vida egocéntrica, y hay en él algo del amor sacrificial y perdonador de Dios.

(viii) Por último, el nuevo nacimiento del cristiano le introduce en la victoria (*Juan 5:4*). La vida deja de ser derrota

y empieza a ser victoria sobre el yo y el pecado y las circunstancias. Como la vida de Dios está en el cristiano, aprende el secreto de la vida victoriosa.

LA GRAN HERENCIA

1 Pedro 1:3-5 (continuación)

Además, el cristiano ha recibido una gran *herencia* (*kléronomía*). Aquí tenemos una palabra con una gran historia, porque es la palabra que se usa corrientemente en Antiguo Testamento griego para la herencia de Canaán, la Tierra Prometida. Una y otra vez se habla en el Antiguo Testamento de la tierra que Dios le ha dado a Su pueblo *por heredad para que la tome en posesión* (*Deuteronomio 15:4; 19:10*). Para nosotros *herencia* tiende a querer decir algo que será nuestro en el futuro; pero la Biblia usa esta palabra en el sentido de una posesión segura. Para los judíos, la gran posesión definitiva era la Tierra Prometida, convicción que no ha dejado de producir problemas hasta el tiempo presente.

Pero la herencia cristiana es algo aún mayor. Pedro usa tres palabras que presentan tres cualidades que la describen. *Es imperecedera* (*afthartós*). Esta palabra quiere decir *imperecedera*, pero también *indestructible por ejércitos invasores*. Muchas veces Palestina había sido arrasada por ejércitos extranjeros, que habían guerreado para conquistarla, o despojarla, o destruirla. Pero el cristiano posee una paz y un gozo que ningún ejército invasor puede asolar ni destruir. Es *incorruptible*. La palabra original es *amíantos*, y el verbo *miainein* del que deriva quiere decir *contaminar* con impureza impía. Muchas veces Palestina había sido corrompida por el culto falso a dioses falsos (*Jeremías 2:7, 23; 3:2; Ezequiel 20:43*). Las cosas que contaminaban habían dejado su impronta en la Tierra Prometida; pero el cristiano tiene una pureza que no puede infectar el pecado del mundo. Es *inmarcesible*

(*amárantos*). En la Tierra Prometida, como en cualquier otra, hasta la florecilla más preciosa se aja y muere. Pero el cristiano ha sido elevado a un mundo en el que no hay cambio ni caducidad, y en el que su paz y gozo están fuera del alcance de las suertes y las fases de la vida.

¿Cuál es, entonces, esa heredad que posee el cristiano nacido de nuevo? Puede que haya muchas respuestas secundarias a esa pregunta, pero sólo una primaria: la heredad del cristiano es Dios mismo. El salmista lo dijo: < El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa... y es hermosa la heredad que me ha tocado » (*Salmo 16:5s*). Dios era su porción para siempre (*Salmo 73: 23-26*). «Mi porción es el Señor, dijo mi alma; por tanto, en Él esperaré» (*Lamentaciones 3:24*).

Porque el cristiano es la posesión de Dios y Dios es la posesión del cristiano, éste tiene una herencia imperecedera, incontaminable e inmarcesible.

PROTEGIDO EN EL TIEMPO Y A SALVO EN LA ETERNIDAD

1 Pedro 1:3-5 (conclusión)

La heredad del cristiano, la plenitud del gozo de Dios, le espera en el Cielo; y de esto tiene Pedro dos grandes cosas que decir.

(i) En nuestro viaje a través del mundo hacia la eternidad somos protegidos por el poder de Dios mediante la fe. La palabra que usa Pedro para *proteger* (*frurein*) es una palabra militar. Quiere decir que nuestra vida está guarnecida por Dios, y que Él es el centinela que nos guarda todos nuestros días. El que tiene fe, nunca duda, aunque no pueda verle con los ojos de la cara, que Dios está presente entre las sombras, montando la guardia sobre los Suyos. No es que Dios los libre de los problemas y los dolores de la vida, sino que nos capacita para que los conquistemos y sigamos adelante.

(ii) La Salvación final se revelará al final del tiempo. Aquí tenemos dos concepciones que están a la base del pensamiento del Nuevo Testamento. En él se habla frecuentemente del último día o de los últimos días o del tiempo del fin. Por detrás de todo esto está la manera en que los judíos dividían la Historia en dos edades: la presente, que está totalmente bajo el dominio del mal, y la por venir, que será la edad de oro de Dios. Entre las dos vendría el Día del Señor, cuando el mundo sería destruido y rehecho y tendría lugar el Juicio Final. Ese tiempo intermedio es el de los últimos días o el tiempo del fin en que el mundo tal como lo conocemos llegará a su fin.

No se nos ha concedido saber cuándo llegará ese tiempo ni qué pasará entonces; pero podemos reunir lo que el Nuevo Testamento nos dice sobre este tema.

(i) Los primeros cristianos creían que ya estaban viviendo en los últimos días. < Hijitos, ya es el último tiempo > -les dice Juan a los suyos (1 Juan 2:18). El autor de *Hebreos* habla de la plenitud de la revelación que ha venido a la humanidad en Cristo < en estos postreros días > (*Hebreos* 1:2). Los primeros cristianos veían que Dios había invadido ya el tiempo, y el fin era inminente.

(ii) Los postreros días habría un derramamiento del Espíritu de Dios sobre las personas (*Hechos* 2:17). Los primeros cristianos vieron el cumplimiento de esa esperanza el día de Pentecostés, y a la Iglesia llena del Espíritu Santo.

(iii) Era la convicción normal de la Iglesia Primitiva que, antes del fin, los poderes del mal lanzarían un último ataque, y que surgirían toda clase de falsos maestros (2 *Timoteo* 3:1; 1 *Juan* 2:18; *Judas* 18).

(iv) Los muertos resucitarían. Jesús prometió que al final resucitaría a los suyos (*Juan* 6:39s, 44, 54; 11:24).

(v) Inevitablemente, habría un tiempo de juicio cuando la justicia de Dios se impondría, y Sus enemigos recibirían su justa condenación y castigo (*Juan* 12:48; *Santiago* 5:3).

Tales son las ideas de los autores del Nuevo Testamento cuando hablan del *tiempo del fin* o de los *últimos días*.

Sin duda para muchos ese sería un tiempo de terror; pero para los cristianos no era de terror, sino de liberación. La palabra *sózein* quiere decir *salvar* en mucho más que un sentido teológico. Es la palabra corriente para *rescatar de un peligro y sanar de una enfermedad*. Charles. Bigg indica en su comentario que en el Nuevo Testamento *sózein*, *salvar*, y *sótéría*, *salvación*, tienen cuatro campos de significación diferentes pero íntimamente relacionados. (a) Describen liberación de un peligro (*Mateo* 8:25). (b) Describen liberación de enfermedad (*Mateo* 9:21). (c) Describen la liberación de la condenación de Dios (*Mateo* 10:22; 24:13). (d) Describen liberación de la enfermedad y el poder del pecado (*Mateo* 1:21). La Salvación es una realidad que tiene muchos aspectos: liberación de peligro, de enfermedad, de la condenación y del pecado. Es eso, y nada menos que eso, lo que el cristiano espera en el tiempo del fin.

EL SECRETO DE LA RESISTENCIA

1 Pedro 1:6-7

Ahí radica vuestro gozo, aunque si es necesario de momento y por poco tiempo estéis afligidos por diversos tipos de pruebas; porque el objeto de tales pruebas es que vuestra fe probada y confirmada (más preciosa que el oro, que es perecedero aunque se purifica por medio de fuego), obtenga alabanza y gloria y honor cuando aparezca Jesucristo.

Pedro se sitúa en las circunstancias concretas de la vida en que se encuentran sus lectores. Su Cristianismo los había hecho siempre impopulares, pero ahora los acechaba una persecución más que probable. Pronto se desataría la tormenta, y la vida se convertiría en una agonía. Ante esa situación amenazadora, Pedro les recuerda tres razones por las que ellos podrán resistir cualquier cosa que se les venga encima.

(i) Pueden resistirlo todo a causa de lo que pueden esperar. Al fin y al cabo, tienen una herencia magnífica: la vida con Dios. De hecho, así es como interpreta Westcott la frase *en el tiempo postrero (en kairó esjató)*. Nosotros la hemos tomado en el sentido de *en el momento en que llegue a su fin el mundo tal como lo conocemos*; pero en el original puede significar *cuando las cosas lleguen a lo peor*. Es entonces, dice Westcott, cuando todo llegue al límite, cuando se desplegará el poder salvador de Cristo.

En cualquier caso, el sentido resultante es el mismo. Para el cristiano, la persecución y la prueba no son el final; más allá se encuentra la gloria y en la esperanza de esa gloria se puede sufrir todo lo que la vida nos depare. A veces sucede que una persona tiene que sufrir una grave operación o curso de tratamiento; pero acepta el dolor o las molestias porque espera recuperar una salud y unas fuerzas renovadas que la esperan al otro lado. Es uno de los hechos fundamentales de la vida que lo que se puede sufrir está en función de lo que espera -y el cristiano espera un gozo indescriptible.

(ii) Se puede soportar cualquier cosa que le sobrevenga a uno si se tiene en cuenta que la aflicción es realmente una prueba. Para purificar al oro, hay que someterlo al fuego. Las pruebas que le sobrevienen a una persona prueban su fe, que sale de ellas más fuerte de lo que era antes. Los rigores que un atleta tiene que soportar no pretenden colapsarle, sino capacitarle para desarrollar más fuerza y habilidad. Las pruebas de este mundo no están diseñadas para agotar nuestra resistencia, sino para incrementarla.

En relación con esto hay una cosa sumamente sugestiva en el lenguaje que usa Pedro. Dice que el cristiano, *de momento* puede que tenga que sufrir *diversos tipos* de pruebas. En griego dice *poikilos*, que quiere decir literalmente *de muchos colores*. Pedro usa esta palabra solamente otra vez, y es para describir la gracia de Dios (1 Pedro 4:10). Nuestras adversidades puede que tengan muchos colores, pero también la gracia de Dios; no hay color en la situación humana con el que la gracia de

Dios no pueda hacer juego. Hay una gracia que le va a cada prueba, y no hay prueba a la que no le corresponda alguna gracia.

(iii) Pueden soportarlo todo porque, al acabar todo, cuando aparezca Jesucristo, recibirán de Él alabanza y gloria y honor. Una y otra vez en la vida hacemos un esfuerzo supremo no para que nos lo paguen ni recompensen, sino para ver la luz en los ojos de alguien y escuchar sus palabras de aprecio. Estas valen más que nada en el mundo. El cristiano sabe que, si resiste la prueba, Le oírán decir al Maestro: <¡Bien hecho!>

Esta es la receta para resistir cuando la vida y la fe se ponen difíciles. Podemos aguantar lo que sea por la grandeza que esperamos, porque cada adversidad es otra prueba para fortalecer y purificar nuestra fe, y porque al final de todo Jesucristo está esperando decir a todos Sus siervos fieles: <¡Bien hecho!>

NO LE HEMOS VISTO,
PERO LE CONOCEMOS

1 Pedro 1:8-9

Aunque nunca Le habéis visto, Le amáis; aunque ahora tampoco Le veis, creéis en Él. Y os regocijáis con un gozo indecible y glorioso porque estáis recibiendo lo que es el objetivo de vuestra fe: la salvación de vuestras almas.

Pedro está trazando un contraste implícito entre él mismo y sus lectores. Él había tenido el privilegio inapreciable de conocer a Jesús en Su vida en la Tierra. Sus lectores no habían tenido ese gozo; pero, a pesar de eso, Le amaban; y aunque no Le veían con los ojos de la cara, creían en Él. Y esa fe les producía un gozo que trascendía la expresión y que estaba revestido de gloria, porque aun aquí y ahora les aseguraba el bienestar definitivo de sus almas.

E. G. Selwyn distingue en su comentario cuatro etapas en la aprehensión de Cristo por nosotros.

(i) La primera es una etapa de esperanza y anhelo, la etapa de los que soñaron con la venida del Rey en todas las edades. Como Jesús mismos les dijo a Sus discípulos: «Muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros estáis viendo, pero no lo vieron» (*Lucas 10:23s*). Hubo días de un anhelo y una expectación que no se habían realizado.

(ii) La segunda etapa fue la de aquellos que conocieron a Jesús en Su vida terrenal. Eso es lo que tiene en mente Pedro aquí. Eso era lo que estaba pensando cuando le dijo a Comelio: «Nosotros somos testigos de todo lo que Él hizo, tanto en el país de los judíos como en Jerusalén» (*Hechos 10:39*). Hubo algunos que convivieron con Jesús, y de cuyo testimonio dependemos para saber cómo era y qué hizo.

(iii) Hay personas en todas las naciones y en todos los tiempos que ven a Jesús con los ojos de la fe. Jesús le dijo a Tomás: «¿Has creído porque Me has visto? ¡Benditos los que no han visto, y sin embargo creen!» (*Juan 20:29*). Esta manera de ver a Jesús es posible solamente porque Él no es simplemente alguien que vivió y murió y ahora no es más que el protagonista de un libro; sino que es Alguien que vivió y murió y resucitó y vive para siempre. Se ha dicho que «ninguno de los apóstoles se acordaba nunca de Cristo.» Es decir: Jesús no es sólo un recuerdo; es una Persona Que conocemos.

(iv) Está la visión beatífica. Pedro estaba seguro de que Le vería como Él es (*1 Juan 3:2*). «Ahora dice Pablo- vemos borrosamente como en un espejo; pero entonces, cara a cara» (*1 Corintios 13:12*). Si la mirada de fe permanece, día llegará en que Le veamos cara a cara, y Le conozcamos como Él nos conoce.

No ya con ojos de la fe, sin velo allí contemplaré el rostro del Dios mío; del alto Rey la majestad,

*la gloria de Su santidad,
de cerca ver confío.
Tanto - cuanto
fue escondido - al sentido,
bella, pura,
celestial, alta hermosura.*

(Philip Nicolai - Tr. Federico Fliedner).

EL ANUNCIO DE LA GLORIA

1 Pedro 1:10-12

Los profetas que anunciaron la gracia que os habría de venir, inquirieron e indagaron sobre esa Salvación, tratando de descubrir cuándo y cómo el Espíritu de Cristo que estaba en ellos les decía que había de suceder, testificando anticipadamente acerca de los sufrimientos que Le estaban destinados a Cristo y las glorias que habrían de seguirlos. A ellos les fue revelado que el ministerio que estaban ejerciendo acerca de esas cosas no era para sí mismos, sino para vosotros; las cosas que ahora os han sido proclamadas por medio de los que os han predicado el Evangelio en el poder del Espíritu Santo enviado desde el Cielo, que son cosas que los ángeles anhelan vislumbrar.

Aquí tenemos otra vez un pasaje henchido de riquezas. La maravilla de la Salvación que había de venir a la humanidad en la Persona de Jesucristo era tal que los profetas inquirieron e indagaron acerca de ella; y hasta los ángeles estaban ansiosos por vislumbrarla. Pocos pasajes tienen tanto que decirnos sobre cómo escribieron los profetas y cómo eran inspirados.

(i) Se nos dicen dos cosas de los profetas. La primera, que inquirieron e indagaron sobre la Salvación que iba a venir. La

segunda, el Espíritu de Cristo que estaba en ellos les habló acerca de Cristo. Aquí tenemos la gran verdad de que la inspiración depende de dos cosas: la mente investigadora de la persona, y el Espíritu revelador de Dios. Se solía decir a veces que los que escribieron las Sagradas Escrituras eran como plumas en las manos de Dios, o como flautas por las que soplabla el Espíritu o lirras por las que se movía. Es decir: se afirmaba que no eran más que instrumentos, casi inconscientes, en las manos de Dios. Pero este pasaje nos dice que la verdad de Dios sólo viene al que la busca. En la inspiración hay un elemento humano, y otro divino; es el producto, a la vez, de la búsqueda de la mente humana y de la revelación del Espíritu de Dios.

Además, este pasaje nos dice que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, siempre ha estado activo en el mundo. Siempre que las personas han vislumbrado la belleza, o han alcanzado la verdad, o han sentido el anhelo de Dios, era por la acción del Espíritu de Cristo. Nunca ha habido ningún momento en la historia de una nación cuando el Espíritu Santo no estuviera moviendo a las personas a buscar a Dios, y guiándolas para que Le encontraran. Algunas veces la gente estaba ciega y sorda, o malentendían esa dirección; a veces no captaba más que fragmentos de ella; pero siempre el Espíritu revelador estaba guiando a la mente buscadora.

(ii) Este pasaje nos dice que los profetas hablaron de los sufrimientos y de la gloria de Cristo. Pasajes tales como el Salmo 22 e Isaías 52:13 - 53:12 encontraron su consumación y cumplimiento en los sufrimientos de Cristo. Pasajes tales como los Salmos 2, 16:8-11, o 110 encontraron su cumplimiento en la gloria y el triunfo de Cristo. No tenemos que creer que los profetas tuvieron visiones del Hombre Jesús de manera anticipada. Lo que sí previeron fue que Uno vendría un día en Quien se harían realidad y cumplirían sus sueños y visiones.

(iii) Este pasaje nos dice para quién hablaron los profetas. Era el mensaje de la gloriosa liberación de Dios lo que ellos trajeron a la humanidad. Esa era una liberación que ellos mismos no llegaron a experimentar. A veces Dios le da una visión a una persona, pero le dice: «¡Pero todavía no!» Llevó a Moisés a la cima del Pisga, y le mostró toda la Tierra Prometida y le dijo: «Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá» (*Deuteronomio 34:1-4*). Alguien cuenta que a la caída de la tarde había un ciego encendiendo las farolas. Iba guiándose con el bastón de farola en farola llevando una luz que él mismo no habría de ver. Como los profetas sabían, era un gran privilegio tener una visión, aunque su cumplimiento fuera para otros en el futuro.

EL MENSAJE DEL PREDICADOR

1 Pedro 1:10-12 (conclusión)

Este pasaje nos habla, no sólo de las visiones de los profetas, sino también del mensaje de los predicadores. Habían sido los predicadores los que habían llevado el mensaje de Salvación a los lectores de la carta de Pedro.

(i) Nos dice que predicar es anunciar la Salvación. La predicación puede cambiar de sistema o de aspecto según los tiempos, pero fundamentalmente es la proclamación del Evangelio, la Buena Noticia. Puede que el predicador tenga a veces que advertir, amenazar y condenar; puede que tenga que recordarles a las personas que hay tal cosa como el juicio y la ira de Dios; pero básicamente, por encima de todo, su mensaje es el anuncio de la Salvación.

(ii) Nos dice que predicar es por medio del Espíritu Santo enviado del Cielo. El mensaje del predicador no es algo suyo, sino que le es dado. Él presenta, no sus propias opiniones y hasta prejuicios, sino la verdad que le ha dado el Espíritu Santo. Como el profeta, tendrá que indagar e inquirir, que estudiar y que aprender; pero debe fundamentalmente esperar que le llegue la dirección del Espíritu Santo.

(iii) Nos dice que el mensaje del predicador es acerca de cosas que los ángeles querrían vislumbrar. Es inexcusable la trivialidad en la predicación. No hay disculpas para presentar un mensaje embadurnado de tierra y desamable, sin interés ni emoción. La Salvación de Dios es una cosa tremenda.

Es con el mensaje de Salvación y la inspiración del Espíritu de Cristo como debe siempre presentarse el predicador.

LA VIRILIDAD NECESARIA PARA LA FE CRISTIANA

1 Pedro 1:13

Así que, ceñid los lomos de vuestro entendimiento; sed sobrios; llegad ala decisión final de poner vuestra esperanza en la gracia que se os va a traer cuando Se revele Jesucristo.

Pedro ha estado hablando acerca de la grandeza y la gloria que el cristiano espera; pero el cristiano no puede nunca perderse en sueños de futuro; tiene siempre que ser viril en la batalla del presente. Así es que Pedro le envía a su gente tres desafíos.

(i) Les dice *que se ciñan los lomos de la mente*. Esta es una frase deliberadamente gráfica. En Oriente era comente que los hombres llevaran túnicas largas y sueltas más aptas para mantenerse frescos que para avanzar rápido o trabajar arduamente. El cinturón, colocado donde su nombre indica, no arreglaba mucho las cosas; mejor era y es la faja que probablemente heredamos de ellos los campesinos españoles. Se sugiere que el equivalente moderno podría ser *remangarse o quitarse la chaqueta*. Pedro está diciéndoles a los suyos que hay que estar dispuestos para una ardua tarea intelectual. No se debe nunca contentar uno con una fe difuminada e inconcreta; hay que proponerse pensar las cosas en serio y a fondo.

Puede que eso nos lleve a descartar algunas cosas. Puede que sé cometan errores; pero lo que le quede a uno será suyo de una manera que nada ni nadie se lo podrá quitar nunca.

(ii) Les dice *que sean sobrios*. La palabra griega, como la española puede tener dos sentidos. Puede querer decir sencillamente que no se está borracho, y también puede querer decir que se tiene una mente equilibrada. Es decir: que no deben intoxicarse ni con bebidas intoxicantes ni con ideas intoxicantes; deben mantener un juicio equilibrado. Le es fácil al cristiano dejarse llevar por este, ese o aquel entusiasmo repentino y emborracharse con la última moda o manía. Pedro les exhorta a que mantengan la compostura esencial que les es propia a los que saben lo que creen.

(iii) Les dice que *pongan su esperanza en la gracia que se les va a dar cuando venga Jesucristo*. Es la gran característica del cristiano el vivir en esperanza; y porque vive en esperanza puede soportar las pruebas del presente. Cualquiera puede soportar la lucha y el esfuerzo y el trabajo si está seguro de que conduce a alguna parte. Es por eso por lo que el atleta se somete al duro entrenamiento y el estudiante al estudio. Para el cristiano, lo mejor siempre está por venir. Puede vivir con agradecimiento por todas las misericordias del pasado, con resolución de aceptar los desafíos del presente y con una esperanza segura de que, en Cristo, lo mejor es lo que está todavía por venir.

LA VIDA SIN CRISTO Y LA VIDA LLENA DE CRISTO

1 Pedro 1:14-25

Sed hijos obedientes. No sigáis viviendo una vida de acuerdo con los deseos que teníais en los días de vuestra ignorancia anterior, sino mostraos santos en la forma que os conducís en todos los aspectos de vuestra vida,

como es santo el Que os ha llamado; porque escrito está: «Sed santos, porque Yo soy santo.» Si llamáis Padre al Que juzga a cada uno conforme a su obra con una imparcialidad total, conducíos con reverencia todo el tiempo de vuestra peregrinación por el mundo; porque sabéis que no fue con cosas perecederas como plata u oro como fuisteis rescatados de la manera vana de vivir que habíais aprendido de vuestros padres, sino con la sangre preciosa de Cristo, como la de un cordero sin mancha ni contaminación. Fue antes de la creación del mundo cuando fue predestinado para esta obra; ha sido al fin de las edades cuando ha aparecido, por amor a vosotros, que por medio de Él habéis llegado a creer en Dios, Que Le levantó de los muertos y Le ha dado gloria, para que pongáis en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Ahora que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad -una purificación que debe desembocar en un amor fraternal sincero-, amaos los unos a los otros de corazón y con constancia, porque habéis nacido de nuevo, no de simiente mortal, sino inmortal, por medio de la Palabra viva y permanente de Dios. Porque «toda carne es hierba, y su belleza como la florecilla del campo. La hierba se seca, y la flor se mustia; pero la Palabra de Dios permanecerá para siempre.» Y esa es la Palabra cuya buena noticia ha llegado hasta vosotros.

En este pasaje hay tres grandes líneas de enfoque que debemos considerar una a una. En primer lugar Pedro nos habla de Jesucristo como Redentor y Señor.

1. JESUCRISTO, REDENTOR Y SEÑOR

(i) Jesucristo es el Emancipador, por medio de Quien somos libertados de la esclavitud del pecado y de la muerte; es el

Cordero sin mancha ni contaminación (versículo 19). Cuando Pedro hablaba así de Jesús, su mente se retrotraía a dos imágenes del Antiguo Testamento: a *Isaías 53*, con su descripción del Siervo doliente por medio de cuyo sufrimiento somos salvados y sanados, y sobre todo a la del Cordero Pascual (*Éxodo 12:5*). En aquella noche memorable cuando dejaron atrás la esclavitud de Egipto, se mandó a los israelitas ,que tomaran un cordero, y lo sacrificaran, y marcaran con su sangre el dintel y los dos postes de las puertas; y, cuando el ángel de la muerte pasara por la tierra matando a los primogénitos de los egipcios, < pasaría por alto» -eso es lo que quiere decir *pascua*- las casas así marcadas. Ese cuadro del Cordero Pascual contiene las ideas gemelas de la emancipación de la esclavitud y liberación de la muerte. No importa cómo lo interpretemos: costó la vida y la muerte de Jesucristo el libertarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte.

(ii) Jesucristo personifica el eterno propósito de Dios. Fue antes de la creación del mundo cuando fue predestinado para la Obra que se Le encomendó (versículo 20). Aquí tenemos un gran pensamiento. A veces tendemos a pensar en Dios primero como Creador y luego como Redentor, como si Él hubiera creado el mundo y después, cuando se Le rebeló, encontró la manera de rescatarlo mediante Jesucristo. Pero aquí se nos presenta a Dios como Redentor *antes* de ser Creador. Su propósito redentor no fue una salida de emergencia a la que se vio obligado cuando las cosas se Le pusieron mal; estaba ahí desde el principio, desde antes de la Creación.

(iii) Pedro tiene un curso de pensamiento que es general en todo el Nuevo Testamento. Jesucristo no es sólo el Cordero que fue sacrificado: es también el Resucitado y el Triunfador a Quien Dios dio la gloria. Los pensadores del Nuevo Testamento rara vez separan la Cruz de la Resurrección; rara vez piensan en el *sacrificio* de Cristo sin pensar en Su *triunfo*. Edward Rogers, en su libro *Para que tengan Vida*, nos dice que en una ocasión recorrió atentamente toda la historia de la Pasión y la Resurrección de Cristo para encontrar la manera

de representarla dramáticamente; y prosigue: «Empecé a darme cuenta de que hay algo equivocado sutil y trágicamente en cualquier énfasis que se haga en la agonía de la Cruz que pudiera nublar la gloria de la Resurrección, cualquier sugerencia de -que lo que aseguró la salvación del mundo fue el dolor soportado pacientemente más bien que el amor triunfador de la vida y de la muerte.» Se pregunta dónde concentran la mirada los creyentes desde el principio de la cuaresma, qué es lo que más vemos. «¿Es la oscuridad que cubrió la Tierra al mediodía, rodeando el dolor y la angustia de la Cruz? ¿O es la deslumbradora misteriosa brillantez del amanecer que irradió desde la tumba vacía?» Y sigue: «Hay formas de predicación evangélica seria y devota, y de obras teológicas que dan la impresión de que, de alguna manera, la Cruz ha ensombrecido la Resurrección, y que todo el propósito de Dios se cumplió en el Calvario. La verdad, que se nubla a nuestro grave riesgo espiritual, es que la Crucifixión no se puede interpretar ni entender más que a la luz de la Resurrección.»

Con Su muerte Cristo emancipó a la humanidad de la esclavitud al pecado y la muerte; pero con Su Resurrección le da una vida gloriosa e indestructible como la Suya. Su Resurrección nos da fe y esperanza en Dios (versículo 21).

En este pasaje vemos a Jesús como el gran Emancipador al precio del Calvario; vemos en Jesús el eterno propósito redentor de Dios; vemos a Jesús como el Vencedor glorioso de la muerte y Señor de la vida, el dador de la vida que la muerte no puede tocar, y de una esperanza que nada puede arrebatar.

2. LA VIDA SIN CRISTO

Pedro escoge tres características de la vida sin Cristo.

(i) Es una vida de *ignorancia* (versículo 14). El mundo pagano estaba siempre asediado por la incognoscibilidad de Dios. Lo único que podían los seres humanos era buscar Su

misterio a tientas en la oscuridad. «Es difícil -decía Platón- investigar y hallar al Diseñador y Padre del universo; y, si se Le pudiera encontrar, sería imposible explicárselo a otros de manera que lo pudieran comprender.» Aristóteles hablaba de Dios como la Causa suprema, soñado por todos pero a Quien no conocía nadie. El mundo antiguo no dudaba que hubiera un Dios o dioses, pero creía que era imposible conocerle o conocerlos, y que no tenían ningún interés en la humanidad o en el mundo. En un mundo sin Cristo, Dios era un misterio y un poder, pero no un amor; no había Nadie a Quien elevar los brazos en busca de ayuda, o los ojos, de esperanza.

(ii) Es una vida *dominada por el deseo* (versículo 14). Al leer los reportajes del mundo al que vino el Cristianismo, no podemos por menos de sentirnos apabullados por la brutal carnalidad de su vida. Existía una pobreza desesperada en el límite inferior de la escala social; pero en el superior, leemos acerca de banquetes multimillonarios en los que se servían sesos de pavos reales y lenguas de ruiseñores, y donde el emperador Vitelio colocó en la mesa en un solo banquete dos mil pescados y siete mil aves. La castidad era cosa olvidada. Marcial habla de una mujer que había llegado a tener diez maridos; Juvenal, de una mujer que había tenido ocho maridos en cinco años, y Jerónimo nos cuenta que en Roma había una mujer casada con su marido vigésimo tercero, del que ella era la vigésima primera esposa. Tanto en Roma como en Grecia, la práctica de la homosexualidad era tan corriente que ya se consideraba natural. Era un mundo dominado por el deseo, cuya meta era encontrar nuevas y más salvajes formas de satisfacer la concupiscencia.

(iii) Era una vida caracterizada por *la inutilidad*. Su problema de raíz era que no iba a ninguna parte. Catulo escribe a su Lesbia solicitándole las delicias del amor. Le ruega que atrape el momento con sus goces fugaces. «Los soles pueden salir y ponerse de nuevo; pero una vez que se ponga nuestra breve luz, ya no queda nada más que una noche interminable de la que no se despierta.» Si una persona había de morir como

un perro, ¿por qué no vivir como tal? La vida era un negocio inútil, con unos pocos breves años a la luz del Sol; y luego, la nada eterna. No había nada por lo que vivir ni morir. La vida no puede por menos de ser inútil si no hay nada al otro lado de la muerte.

3. LA VIDA LLENA DE CRISTO

Pedro encuentra tres características de la vida llena de Cristo, y razones impulsoras para cada una de ellas.

(i) La vida llena de Cristo es una vida de *obediencia y de santidad* (versículos 14-16). El ser escogidos de Dios es entrar, no sólo en un gran privilegio, sino también en una gran responsabilidad. Pedro recuerda el antiguo mandamiento que estaba a la base de toda la religión hebrea. Dios insistía en que Su pueblo fuera santo, porque Él es santo (*Levítico 11:44; 19:2; 20:7, 26*). La palabra para *santo* es *haguios*, y el sentido de la raíz es *diferente porque pertenece a Dios*. En este sentido, el templo y el sábadó eran santos, y los cristianos son santos porque son diferentes de todos los demás porque pertenecen a Dios, Que es el único Santo por antonomasia. Un cristiano es una persona que pertenece a Dios, porque Dios la ha elegido para una labor en el mundo y para un destino en la eternidad. Ha sido elegido para vivir para Dios en el tiempo, y con Él en la eternidad. En el mundo tiene que obedecer Sus leyes y reproducir Su vida. Al cristiano se le encomienda la tarea de ser diferente.

(ii) La vida llena de Cristo es una vida de *reverencia* (versículos 17-21). La reverencia es la actitud mental de la persona que es consciente de estar en la presencia de Dios. En estos cinco versículos, Pedro escoge tres razones para esta reverencia. (a) El cristiano es un forastero en este mundo. Vive su vida a la sombra de la eternidad; tiene en mente siempre, no sólo dónde está, sino también adónde se dirige. (b) Va a

Dios; cierto: puede llamar Padre a Dios, pero ese mismo Dios al Que llama Padre es también el Que juzga a todas las personas con estricta imparcialidad. El cristiano es una persona que tendrá que rendir cuentas. Tiene un destino que ganar o perder. La vida en este mundo adquiere una importancia tremenda porque conduce a la del más allá. (c) El cristiano debe vivir con reverencia su vida porque costó muy cara, nada menor que la vida y la muerte de Jesucristo. Entonces, como la vida tiene un valor tan incalculable, no se puede perder o desperdiciar. Ninguna persona respetable malgasta lo que tiene un infinito valor humano.

(iii) La vida llena de Cristo es una vida de *amor fraternal*. Debe manifestarse en un amor a los hermanos que es sincero, cordial y firme. El cristiano es una persona que ha nacido de nuevo, no de simiente mortal, sino inmortal. Eso puede que quiera decir una de dos cosas. Puede querer decir que el que el cristiano sea hecho de nuevo no se debe a intervención humana, sino a la de Dios, lo que es otra manera de decir lo que Juan dijo al hablar de «los que son nacidos, no de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (*Juan 1:13*). O, más probablemente, quiere decir que el cristiano es hecho de nuevo al penetrar en él la semilla de la Palabra de Dios; y la representación es la de la Parábola del Sembrador (*Mateo 13:1-9*). La cita que Pedro hace está tomada de *Isaías 40:6-8*, y la segunda interpretación encaja mejor. Lo tomemos como lo tomemos, el sentido es que el cristiano es una persona hecha de nuevo. Porque ha nacido de nuevo, la vida de Dios está en él. La característica suprema de la vida de Dios es el amor, así es que el cristiano tiene que mostrar a los demás ese amor divino.

El cristiano es una persona que vive una vida llena de Cristo, una vida que es diferente, que nunca olvida la infinitud de su obligación, y que hace hermosa el amor de Dios que le dio nacimiento.

QUÉ DEJAR Y QUÉ ANHELAR

1 Pedro 2:1-3

Así que despojaos de todo lo malo del mundo pagano y de todo lo engañoso, actuación hipócrita y sentimientos de envidia, de todo chismorreo despectivo de los demás; y, como bebés recién nacidos, desead la leche sin adulterar de la Palabra para crecer hasta alcanzar la Salvación. Estáis obligados a ello si habéis saboreado la amabilidad del Señor.

Ningún cristiano se puede quedar como está, así es que Pedro exhorta a los suyos a romper con todo lo malo, y afirmar el corazón en todo lo que puede alimentar de veras la vida espiritual.

Hay cosas de las que uno tiene que *despojarse*. *Apothesthai* es la palabra para quitarse uno la ropa. Y hay cosas de las que un cristiano tiene que desvestirse como de la ropa sucia.

Ha de quitarse de encima *todo lo malo del mundo pagano*. La palabra para lo malo es *kakía*; es la palabra más general para maldad, e incluye todas las maneras malas del mundo sin Cristo. Las otras palabras son ilustraciones y especificaciones de esa *kakía*; y hay que advertir que son todas faltas del carácter que hieren la gran virtud del amor fraternal. No puede haber amor fraternal mientras existan estas cosas malas.

Está *el engaño (dolos)*. *Dolos* es el truco del que se dedica a engañar a los demás para conseguir lo que se propone, el vicio de la persona que no tiene nunca miras limpias.

Está *la hipocresía (hypókrisis)*. *Hypokrités (hipócrita)* es una palabra que tiene un historia curiosa. Es el nombre correspondiente al verbo *hypokrinesthai*, que quiere decir sencillamente *contestar*; un *hypokrités* no es más, en un principio, que uno que contesta. De ahí pasa a querer decir *un actor*, el que toma parte en un diálogo en la escena. Y de ahí pasa a significar *un farsante*, alguien que no hace más que representar,

manteniendo ocultos su verdaderos motivos. El hipócrita es aquí el que pretende ser cristiano para sacar algún provecho y prestigio, no para servicio y gloria de Cristo.

Está *la envidia (fthonos)*. Bien se puede decir que la envidia es el último pecado en morir. Asomaba su sucia cabeza hasta en el grupo de los apóstoles. Los otros diez les cogieron envidia a Santiago y a Juan cuando parecía que éstos les habían tomado la delantera en reservarse los puestos de honor en el Reino por venir (*Marcos 10.-4*). Hasta en la última Cena, los discípulos estaban discutiendo quiénes habían de ocupar los puestos más honorables (*Lucas 22:24*). Mientras el yo siga actuando en el corazón de la persona, habrá envidia en su vida. E. G. Selwyn llama a la envidia < la plaga endémica de todas las organizaciones voluntarias, y no menos de las religiosas.> C. E. B. Cranfield dice que «no tenemos que pasar mucho tiempo en lo que llamamos «el trabajo de la iglesia» para comprobar lo perenne fuente de problemas que es la envidia.»

Está *el chismorre despectivo de los demás (katalalía)*. *Katalalía* es una palabra que tiene un sabor desmido. Quiere decir *hablar mal*; es casi siempre el fruto de la envidia; por lo general aparece cuando su víctima no está presente para defenderse. No hay muchas cosas que sean tan atractivas como escuchar o .repetir chismes jugosos. El chismorre despectivo es algo que todos declaran que está mal, pero que al mismo tiempo casi todos practican y disfrutan. No cabe duda de que hay pocas cosas que produzcan tantos problemas y angustias y que sean tan destructivas del amor fraternal y de la unidad de la iglesia.

Estas son, pues, cosas que una persona nacida de nuevo debe quitarse de encima; puesto que, si sigue permitiéndoles que actúen libremente en su vida, dañarán la unidad de los hermanos.

EN QUÉ AFIRMAR EL CORAZÓN

1 Pedro 2:1-3 (conclusión)

Pero hay algo en lo que el cristiano debe afirmar el corazón. Debe anhelar *la leche sin adulterar de la Palabra*. El sentido de esta frase presenta alguna dificultad. Esa dificultad está en la palabra *loguikós*, que hemos traducido, con algunas versiones, *de la Palabra*. La Reina-Valera y otras tienen: *la leche espiritual*.

Loguikós es el adjetivo que se deriva del nombre *logos*, y la dificultad consiste en que tiene tres traducciones perfectamente posibles.

(a) *Logos* es la gran palabra estoica para la razón que guía el universo; *loguikós* es una palabra favorita de los estoicos que describe lo que tiene que ver con esta razón divina que gobierna todas las cosas. Si esta es la conexión de esta palabra no cabe duda de que *espiritual* es su significado.

(b) *Logos* es la palabra normal en griego para *mente o razón*; por tanto, *loguikós* tiene a menudo el sentido de *razonable o inteligente*. La Reina-Valera traduce esta palabra en *Romanos 12:1* por *racional*.

(c) *Logos* quiere decir en griego también *palabra*, y *loguikós* quiere decir *lo que pertenece a la palabra*. Este es el sentido que dan algunas traducciones, y nosotros creemos que es correcto. Pedro ha estado hablando de la Palabra de Dios, que permanece para siempre (*1 Pedro 1:23-25*). Es esa Palabra la que tiene en mente, y creemos que lo que quiere decir es que el cristiano debe desear con todo su corazón el alimento que procede de la Palabra de Dios, que es el que le puede hacer crecer hasta alcanzar la misma Salvación. En vista de todo el mal que hay en el mundo pagano, el cristiano debe fortalecer su alma con el alimento puro de la Palabra de Dios.

Este alimento de la Palabra *no está adulterado (ábolos)*. Es decir, no tiene ni la más ligera mezcla de nada malo. *Ábolos* es casi un término técnico para describir el grano totalmente

limpio de polvo y paja, o cualquier cosa que lo pueda dañar. En toda sabiduría humana hay algo de mezcla de cosas inútiles o dañinas; sólo la Palabra de Dios es totalmente buena.

El cristiano debe anhelar esta leche de la Palabra; *anhelar es epipothein*, que es una palabra robusta. Es la que se usa para el ciervo que brama de sed por las corrientes de las aguas (*Salmo 42:1*), o para el salmista que *desea* (R-V) la Salvación del Señor (*Salmo 119:174*). Para el sincero cristiano, el estudio de la Palabra de Dios no es un trabajo, sino un deleite, porque sabe que allí encontrará su corazón el alimento que anhela.

La metáfora del cristiano como un bebé recién nacido y la Palabra de Dios como la leche que le alimenta es frecuente en el Nuevo Testamento. Pablo se compara con la nodriza que cuida de los cristianos infantiles de Tesalónica (*1 Tesalonicenses 2: 7*). O se refiere a la atención que presta a los corintios al alimentarlos con leche porque todavía no pueden digerir la carne (*1 Corintios 2:2*); y el autor de la *Carta a los Hebreos* culpa a sus lectores por seguir en la etapa de la leche cuando ya deberían dar señales de más madurez (*Hebreos 5:12; 6:2*). Para simbolizar el nuevo nacimiento en la Iglesia Primitiva, los recién bautizados se vestían con ropas blancas, y a veces se les daba leche como si fueran bebés. Es esta alimentación con la leche de la Palabra lo que hace crecer a un cristiano hasta llegar a la Salvación.

Pedro termina esta introducción con una alusión al *Salmo 4: 8*: < Estáis obligados a ello -les dice- si habéis saboreado la amabilidad del Señor.> Aquí tenemos algo de la mayor significación. El hecho de que Dios sea tan paciente y generoso con nosotros no es excusa para que vivamos como queramos, dependiendo de que Él nos lo pase por alto; sino que nos impone la obligación de esforzarnos para merecer Su generosidad y amor. La amabilidad de Dios no es una excusa para la pereza en la vida cristiana, sino el mayor de todos los incentivos imaginables para el esfuerzo.

1 Pedro 2:4-10

Venid a Él, Piedra viva desechada por los hombres pero escogida y preciosa para Dios; y sed vosotros edificados, como piedras vivas, formando parte de una casa espiritual hasta que lleguéis a ser un sacerdocio santo para ofrecer mediante Jesucristo sacrificios espirituales que sean agradables a Dios; porque hay un pasaje de la Escritura que dice: «¡Fijaos! Yo coloco en Sión una Piedra escogida, una Piedra angular preciosa, y el que crea en Ella no quedará mal.» Así que esa Piedra es algo precioso para vosotros los que creéis; pero para los que no creen, < la Piedra que rechazaron los constructores ha llegado a ser la Piedra angular principal», y «una Piedra en la Que tropezarán y que les será un obstáculo.» Tropiezan, porque desobedecen a la Palabra -un destino que les estaba reservado. Pero vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio regio, un pueblo consagrado a Dios, una nación que es posesión exclusivamente Suya para proclamar las excelencias del Que os llamó de las tinieblas a Su gloriosa luz; vosotros, que antes no erais ni pueblo y ahora sois el pueblo del Señor; que antes estabais sin misericordia y que ahora habéis encontrado la misericordia.

Pedro expone la naturaleza y la misión de la Iglesia. Hay tanto en este pasaje que vamos a dividirlo en cuatro secciones.

**1. LA PIEDRA QUE RECHAZARON
LOS CONSTRUCTORES**

La idea de *la piedra* es rica en contenido. Vamos a estudiar tres pasajes del Antiguo Testamento donde aparece.

(i) El principio del tema se remonta a las palabras del mismo Jesús. Una de las parábolas más iluminadoras entre todas las Suyas fue la de los Viñadores Malvados. En ella contó que los viñadores malvados mataron a un servidor tras otro y, al final, mataron hasta al Hijo. Estaba presentando el hecho de que la nación de Israel se había negado a prestar atención a los profetas y los había perseguido, y que esa rebeldía llegaría a su punto culminante con Su propia muerte. Pero más allá de la muerte contempló el triunfo, y lo expresó con palabras de los *Salmos*: < La misma Piedra que los constructores habían rechazado ha llegado a ser la Piedra angular; esto ha sido obra del Señor, y nos parece maravilloso» (*Mateo 21:42; Marcos 12:10; Lucas 20:17*).

Esa es una cita del *Salmo 118:22*. En el original, hace referencia a la nación de Israel. A. K. Kirkpatrick escribe acerca de esto: «Israel es < "la piedra angular principal".» Los poderes del mundo la desecharon como inútil, pero Dios la destinó para el lugar más honorable e importante del edificio de Su Reino en el mundo. Las palabras expresan la conciencia que Israel tenía de su misión y destino en el plan de Dios.» Jesús tomó estas palabras, y Se las aplicó a Sí mismo. Parecía que era totalmente rechazado por la humanidad; pero en el propósito de Dios era la Piedra angular del edificio de Su Reino, honorable por encima de todas.

(ii) En el Antiguo Testamento hay otras referencias a esta Piedra simbólica, y los escritores de la Iglesia original las usaron para sus propósitos. El primero es *Isaías 28:16*: «Por tanto, el Señor Dios dice así: He aquí que Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.» Aquí también se hace referencia a Israel. La piedra segura y preciosa es la relación inalterable de Dios con Su pueblo, una relación que había de culminar en la venida del Mesías. De nuevo vemos que los escritores de la Iglesia original tomaron este pasaje y Se lo aplicaron a Jesucristo como la Piedra fundamental, preciosa e inamovible de Dios.

(iii) El segundo de estos pasajes también se encuentra en *Isaías*: «En cuanto al Señor de los ejércitos, a Él consideraréis santo; a Él es a Quien debéis temer y reverenciar. Y Él llegará a ser por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra de tropiezo y por roca de escándalo, y por lazo y red a los habitantes de Jerusalén» (*Isaías 8:13-14*). El sentido es que Dios está ofreciendo Su señorío al pueblo de Israel; que, para los que Le acepten, Él será santuario y salvación; pero a los que Le rechacen Se volverá un terror y una destrucción. De nuevo, los escritores de la Iglesia original tomaron este pasaje y Se lo aplicaron a Cristo. Para los que Le acepten, Jesús es Salvador y Amigo; para los que Le rechacen, juicio y condenación.

(iv) Para comprender este pasaje tenemos que incluir una referencia del Nuevo Testamento a estos pasajes del Antiguo. No parece posible que Pedro pudiera hablar de Jesús como la Piedra angular y de los cristianos como piedras vivas del edificio de una casa espiritual unida en Él sin pensar en las propias palabras que Jesús le dirigió a él. Cuando hizo su gran confesión de fe en Cesarea de Filipo, Jesús le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca. edificaré Mi Iglesia» (*Mateo 16:18*). Es sobre la fe del creyente leal donde se edifica la Iglesia.

Estos son los orígenes de los cuadros de este pasaje.

2. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA

En este pasaje aprendemos tres cosas acerca de la misma naturaleza de la Iglesia.

(i) Se compara al cristiano con una piedra viva, y a la Iglesia con un edificio vivo en el que se incorporan los creyentes, las piedras vivas (versículo 5). Está claro que esto quiere decir que *Cristianismo es comunidad*; el cristiano individual encuentra su verdadero lugar sólo cuando es edificado en un edificio. «La religión solitaria» queda descartada como una imposibilidad. C. E. B. Cranfield escribe: «Los francotiradores cristianos, que quieren ser cristianos pero se consideran por encima

de eso de pertenecer a una iglesia visible en la Tierra en 'cualquiera de sus formas, son sencillamente una contradicción en términos.»

Hay una historia famosa acerca de Esparta. Un rey espartano presumía de las murallas de Esparta ante un rey que le visitaba. Este miró por todas partes, pero no vio ni señal de las murallas; y le dijo al espartano: «¿Dónde están esas murallas de las que tanto presumes?» Su anfitrión le señaló sus guardaespaldas, una tropa estupenda. «Estos -le contestó- son las murallas de Esparta: cada soldado, una piedra.»

La lección está clara: mientras un ladrillo esté solo, no sirve para nada; sólo es útil cuando se le incorpora a un edificio. Así sucede con el cristiano individual: para hacer realidad su destino, no debe permanecer aislado, sino ser edificado en la estructura de la Iglesia.

Supongamos que alguien dijera en tiempo de guerra: «Yo quiero defender a mi patria y defenderla de sus enemigos.» Si trata de llevar a cabo su resolución a solas, no consigue nada. Sólo puede ser eficaz en su propósito manteniéndose codo con codo con sus semejantes. Así sucede con la Iglesia. Un cristianismo individualista es un absurdo; el Cristianismo es comunidad dentro de la comunión de la Iglesia.

(ii) Los cristianos son un sacerdocio santo (versículo 5). El sacerdote tenía dos características importantes.

(a) Era una persona que tenía acceso a Dios y cuya tarea consistía en llevar a Dios a otras personas. En el Antiguo Testamento ese acceso a Dios era el privilegio de los sacerdotes profesionales, y especialmente del sumo sacerdote, que era el único que podía entrar en el Lugar Santísimo. Mediante Jesucristo, el Camino nuevo y vivo, el acceso a Dios es el privilegio de cada cristiano, por fácil que nos parezca. Además, la palabra latina para sacerdote es *pontifex*, que quiere decir *constructor de puentes*; el sacerdote es el que hace un puente o hace de puente para que otros puedan acudir a Dios; y el cristiano tiene el deber y el privilegio de traer a otros al Salvador a Quien él ha conocido y ama.

(b) El sacerdote es un hombre que presenta ofrendas a Dios. El cristiano también debe presentar constantemente sus ofrendas a Dios. Bajo la antigua dispensación, las ofrendas que se presentaban eran sacrificios animales; pero los sacrificios del cristiano son sacrificios *espirituales*. Hace de *su trabajo* una ofrenda a Dios. Todo se puede hacer para Dios; así que, hasta la tarea más sencilla se reviste de gloria. El cristiano hace que *su culto* sea una ofrenda a Dios; así el culto de la casa de Dios se convierte, no en una carga, sino en un gozo. El cristiano se hace a *sí mismo* una ofrenda a Dios. «Presentad vuestros cuerpos -dice Pablo- como un sacrificio vivo a Dios» (Romanos 12:1). Lo que Dios desea por encima de todo es el amor de nuestros corazones y el servicio de nuestras vidas. Ese es el sacrificio perfecto que ha de hacer todo cristiano.

(iii) La misión de la Iglesia es *proclamar las excelencias* de Dios. Es decir: testificar a las personas acerca de las obras maravillosas de Dios. Con su misma vida aún más que con sus palabras, el cristiano debe testificar de lo que Dios en Cristo ha hecho por él.

3. LA GLORIA DE LA IGLESIA

En el versículo 9 leemos acerca de las cosas de las que el cristiano es testigo.

(i) Dios ha llamado al cristiano de las tinieblas a Su gloriosa luz. *El cristiano es llamado a salir de las tinieblas para entrar en la luz*. Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer a Dios. Ya no necesita suponer ni andar a tientas. «El que Me ha visto -dice Jesús- ha visto al Padre» (Juan 14:9). En Jesús está la luz del conocimiento de Dios. Cuando uno llega a conocer a Jesús, llega a conocer *la bondad*. En Cristo tiene un rasero por el que pueden medirse todas sus acciones y motivos todos. Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer *el camino*. La vida ya no es un descampado sin sendero ni luz que guíe. En Cristo, el camino se presenta claro.

Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer *el poder*. De poco nos serviría conocer a Dios si no recibiéramos poder para servirle. De poco nos serviría conocer la bondad si siguiéramos impotentes para alcanzarla. De poco nos serviría ver el auténtico camino si no lo pudiéramos seguir. En Jesucristo tenemos *tanto* la visión *como* el poder.

(ii) Dios ha hecho que los que no eran ni siquiera un pueblo fueran el pueblo de Dios. Aquí Pedro está citando a Oseas 1: 6, 9, 10; 2:1, 23). Esto quiere decir que *el cristiano es llamado de ser una persona insignificante a ser una persona representativa*. Esto es algo que sucede constantemente en este mundo: que la grandeza de una persona no depende de ella misma, sino de lo que se le ha confiado. La grandeza del cristiano depende del hecho de que Dios le ha escogido para que sea Suyo y para que haga Su obra en el mundo. Ningún cristiano es una persona ordinaria, sino un hombre o una mujer de Dios.

(iii) *El cristiano es llamado de la no misericordia a la misericordia*. La gran característica de las religiones no cristianas es el temor de Dios. El cristiano ha descubierto el amor de Dios, y sabe que ya no tiene que tenerle miedo, porque le va bien a su alma.

4. LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Pedro usa en el versículo 9 toda una serie de frases que son un compendio de las funciones de la Iglesia. Llama a los cristianos «raza escogida, sacerdocio regio, pueblo consagrado a Dios, nación que es posesión exclusivamente Suya.» Pedro está inmerso en el Antiguo Testamento, y todas estas frases son grandes descripciones del pueblo de Israel. Proceden de dos fuentes especiales. *Isaías 43:21*, donde Isaías oye decir a Dios: «Este pueblo he creado para Mí.» Pero aún más, de *Éxodo 19: 5-6*, donde se oye la voz de Dios decir: «Ahora, pues, si diereis oído a Mí voz, y guardareis Mí pacto, vosotros seréis Mí especial tesoro sobre todos los pueblos; porque Mía es

toda la Tierra. Y vosotros Me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa.» Las grandes promesas que Dios le hizo a Su pueblo Israel se cumplen en la Iglesia, el nuevo Israel. Cada uno de estos títulos está henchido de sentido.

(i) Los cristianos somos *un pueblo escogido*. Aquí volvemos a la idea del pacto. *Éxodo 19:5-6* es parte de un pasaje que describe cómo hizo Dios un pacto con Israel. En Su pacto, Dios le ofreció a Israel una relación especial con Él; pero ese pacto dependía de que Israel aceptara sus condiciones y guardara la Ley. La relación se mantendría sólo < si diereis oído a Mi voz, y guardareis Mi pacto» (*Éxodo 19:5*).

De aquí aprendemos que el cristiano es escogido para tres cosas. (a) Es escogido para *un privilegio*. Se le ofrece en Jesucristo una comunión nueva e íntima con Dios. Dios llega a ser su Amigo, y él el de Dios. (b) Es escogido para *la obediencia*. El privilegio conlleva la responsabilidad. El cristiano es elegido para llegar a ser un hijo obediente de Dios. Es escogido, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de Dios. (c) Es escogido para *el servicio*. Este honor le hace siervo de Dios. Su privilegio consiste en ser usado en el propósito de Dios. Sólo puede ser usado así cuando Le rinde a Dios la obediencia que El desea. Escogido para un privilegio, para la obediencia y para el servicio: estos tres hechos son inseparables.

(ii) Los cristianos son *un sacerdocio regio*. Ya hemos visto que esto quiere decir que tienen el derecho de acceso a Dios; y que deben ofrecerle su trabajo, su culto y a sí mismos.

(iii) Los cristianos son lo que llama la versión Reina-Valera. una *nación santa*. Ya hemos visto que el sentido primario de *haguios* (santo) es *diferente*. El cristiano ha sido escogido para ser diferente de los demás. Esa diferencia consiste en que está consagrado a la voluntad y al servicio de Dios. Otras personas puede que sigan las normas del mundo, pero para él las únicas normas son las de Dios. Uno no puede ni entrar en el camino cristiano a menos que se dé cuenta de que eso le obligará a ser diferente de todos los demás.

RAZONES PARA VIVIR COMO DIOS MANDA

1 Pedro 2:11-12

Queridos hermanos: Os exhorto, como a extranjeros y forasteros, que os abstengáis de los deseos carnales que prosiguen su campaña contra el alma. Haced que vuestra conducta entre los gentiles sea amable, para que en todos los asuntos en que os vilipendian como a malhechores, vean por vuestras buenas obras cómo sois realmente, y glorifiquen a Dios en el día que ha de visitar la Tierra.

El mandamiento clave de este pasaje es que el cristiano debe *abstenerse de los deseos carnales*. Es de la mayor importancia el que veamos lo que Pedro quiere decir con esto. Las frases *pecados de la carne* y *deseos carnales* se han ido reduciendo en significado a *pecado sexual*; pero en el Nuevo Testamento son mucho más generales que eso. La lista de los pecados de la carne que da Pablo en *Gálatas 5:19-21* incluyen < inmoralidad, impureza, promiscuidad, idolatría, brujería, enemistad, peleas, celos, rabia, orgullo, disensión, sectarismo, envidia, borrachera, orgías, y cosas semejantes.» Hay mucho más que pecados *corporales* aquí.

En el Nuevo Testamento, *la carne* representa mucho más que la naturaleza física del hombre; incluye también la *naturaleza humana aparte de Dios*; quiere decir la naturaleza humana sin redimir; la vida que se vive aparte de los niveles, la ayuda, la gracia y la influencia de Cristo. *Los deseos carnales* y *los pecados de la carne*, por tanto, incluyen no solamente los pecados más groseros, sino todo lo que es característico de la naturaleza humana caída. De estos pecados y deseos se debe abstener el cristiano. Como Pedro lo ve, hay dos razones para esta abstinencia.

(i) El cristiano debe abstenerse de estos pecados porque es un extranjero y un peregrino. Las palabras originales son

pároikos y *parapidémos*. Son muy corrientes en griego, y describen a alguien que reside sólo temporalmente en un lugar, y cuyo hogar está en otra parte. Suelen describir a los patriarcas en sus peregrinaciones, y especialmente a Abraham, que salió no sabiendo adónde iba, y que lo que buscaba era la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios (*Hebreos 11:9, 13*). Solían usarse para describir a los israelitas cuando eran esclavos y extranjeros en Egipto antes de entrar en la Tierra Prometida (*Hechos 7:6*).

Estas palabras contienen dos grandes verdades sobre el cristiano. (a) Hay un sentido real en el que se es un extranjero en el mundo; y por esta causa no puede aceptar las leyes y las maneras y las categorías del mundo. Otros puede que las acepten; pero el cristiano es súbdito del Reino de Dios, y es por las leyes de ese Reino por las que debe dirigir su vida. Debe asumir toda su parte de la responsabilidad por vivir en la Tierra; pero su ciudadanía está en el Cielo, y las leyes del Cielo son supremas para él. (b) El cristiano no es un residente fijo de la Tierra. Está de camino hacia un país que está más allá. Por tanto no debe hacer nada que le impida alcanzar su meta final. Nunca debe involucrarse en el mundo hasta tal punto que no pueda escaparse de sus garras; nunca debe ensuciarse hasta tal punto que se descalifique para entrar a la presencia del Dios santo a Quien se dirige.

LA MEJOR CONTESTACIÓN Y DEFENSA

1 Pedro 2:11-12 (conclusión)

(ii) Pero había para Pedro otra razón todavía más práctica para que el cristiano se abstuviera de los deseos carnales. La Iglesia original se encontraba bajo fuego enen-tigo. Constantemente le estaban lanzando acusaciones calumniosas; y la única manera verdaderamente efectiva de refutarlas era vivir vidas tan encantadoras que hicieran absurdas las acusaciones.

La antigua versión Reina-Valera usaba aquí una palabra confusa para los oídos modernos. Decía: < Teniendo vuestra conversación honesta entre los gentiles. > Parece que quiere decir que el cristiano siempre tiene que decir la verdad; pero la palabra que se traducía por *conversación* es *anastrofé*, que quiere decir *toda la conducta de una persona*, y no simplemente su manera de hablar. Eso era, de hecho, lo que quería decir la palabra *conversación* en los siglos XVI y XVII, y la palabra que se traducía por *honesto* es *kalós*. En griego hay dos palabras para *bueno*. Una es *agathós*, que quiere decir simplemente bueno de cualidad; y la otra, *kalós*, que quiere decir no solamente *bueno*, sino también *amable* -agradable, atractivo, simpático. Eso es lo que *honestus* quería decir en latín. Lo que Pedro está diciendo es que el cristiano debe procurar que toda su manera de vivir sea tan amable y tan buena que dé el mentís a las calumnias de sus enemigos paganos.

Aquí tenemos una verdad intemporal. Nos guste o no, todos los cristianos somos un anuncio del Evangelio; con nuestra vida hacemos que los demás lo aprecien o lo desprecien. La más poderosa fuerza misionera que hay en el mundo es la vida cristiana.

En los tiempos de la Iglesia original, esta demostración del encanto de la vida cristiana era absolutamente necesaria, por las calumnias que los paganos arrojaban deliberadamente contra la Iglesia Cristiana. Veamos cuáles eran algunas de estas calumnias.

(i) En un principio, el Cristianismo estaba íntimamente relacionado con el judaísmo. Racialmente, Jesús era judío; Pablo era judío; el judaísmo fue la cuna del Cristianismo, y naturalmente muchos de sus primeros conversos eran judíos. Durante un cierto tiempo, el Cristianismo se consideraba una secta del judaísmo. El antisemitismo no es nada reciente. Friedlander da una selección de las calumnias que se repetían constantemente contra los judíos en su *La vida y las maneras romanas en el primer imperio*: < Según Tácito, los judíos enseñaban a sus prosélitos por encima de todo a despreciar a sus

dioses, a renunciar a su patria, a dejar de querer a sus padres, hijos, hermanos y hermanas. Según Juvenal, Moisés enseñó a los judíos que no indicaran a nadie un camino, ni guiaran a un viajero sediento a la fuente, a menos que fuera judío. Apión declara que, en el reinado de Antíoco Epifanes, los judíos engordaban todos los años a un griego y le ofrecían solemnemente en sacrificio un día determinado en cierto bosque, devoraban sus entrañas y juraban eterna hostilidad a los griegos.» Este tipo de cosas eran las que los paganos estaban convencidos de que eran verdad acerca de los judíos, e inevitablemente los cristianos heredaron ese odio.

(ii) Aparte de estas calumnias dirigidas originalmente a los judíos, había otras que se les dirigían particularmente a los mismos cristianos. Los acusaban de canibalismo. Esta acusación tuvo su origen en la perversión de las palabras de la última Cena: «Esto es Mi cuerpo,» y «Esta copa es el Nuevo Pacto en Mi sangre.» A los cristianos los acusaban de matar y comer a un niño en sus fiestas.

También los acusaban de inmoralidad y hasta de incesto. Esta acusación tenía su origen en el hecho de que ellos llamaban a sus reuniones «ágapes», que quiere decir «fiestas del amor.» Los paganos pervertían ese nombre haciéndolo significar que las fiestas cristianas -eran orgías sensuales en las que se cometían obras nefandas.

A los cristianos los acusaban de estropear los negocios. Esa fue la acusación de los plateros de Éfeso (*Hechos 19:21-41*).

Los acusaban de «inmiscuirse en relaciones familiares» porque, con frecuencia, de hecho, se dividían los hogares cuando algunos miembros de la familia se convertían y los otros no.

Los acusaban de hacer que los esclavos se volvieran contra sus amos, porque no cabe duda que el Cristianismo le daba un nuevo sentido de dignidad y aprecio a todas las personas.

Los acusaban de «aborrecer a la humanidad», porque no cabe duda que a veces los cristianos hablaban como si el mundo y la Iglesia fueran totalmente incompatibles.

Por encima de todo los acusaban de ser desleales al César, porque ningún cristiano daría culto a la divinidad del emperador, o quemaría la pizca de incienso declarando que César era señor; porque, para él, Jesucristo era el único Señor.

Tales eran las acusaciones que se dirigían contra los cristianos. Para Pedro no había más que una sola manera de refutarlas, y era viviendo de tal forma que la vida cristiana demostrara que estaban equivocados. Cuando le dijeron a Platón que cierto individuo había estado haciendo acusaciones calumniosas contra él, respondió: «Viviré de tal manera que nadie crea lo que ese ha dicho de mí.» Esa era también la solución de Pedro.

Jesús también había dicho, y sin duda Pedro tenía en mente Sus palabras: «Dejad que vuestra luz brille ante la gente de tal manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el Cielo» (*Mateo 5:16*). Esta era una manera de pensar que los judíos conocían muy bien. En uno de los libros que se escribieron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se dice: « Si ponéis por obra lo que está bien, hijos míos, tanto las personas como los ángeles os bendecirán; y Dios será glorificado entre los gentiles por causa de vosotros, y el diablo huirá de vosotros» (*Testamento de Neftalí 8:4*).

Lo sorprendente de la historia es que, de hecho, los cristianos derrotaron las calumnias de los paganos con sus vidas. En la primera parte del siglo III, Celso hizo el ataque más famoso y sistemático contra los cristianos, en el que los acusaba de ignorancia y estupidez y superstición y toda clase de cosas, *pero nunca de inmoralidad*. En la primera parte del siglo IV, Eusebio, el gran historiador de la Iglesia, podía escribir: «Pero el esplendor de la Iglesia universal y única verdadera, que es siempre la misma, creció en magnitud y poder, y reflejó su piedad y sencillez y libertad, y la modestia y pureza de su vida y filosofía inspiraban a todas las naciones, tanto de griegos como de bárbaros. Al mismo tiempo, las acusaciones calumniosas que se habían hecho contra toda la Iglesia también se desvanecieron, y no quedó más que nuestra enseñanza, que ha

prevalecido en toda la línea, y que se reconoce que es superior a .todas en dignidad y templanza, y en doctrinas teológicas y filosóficas. De tal manera que ninguna de ellas se aventura ya a proferir ninguna baja calumnia contra nuestra fe, o ninguna de las falsas acusaciones que nuestros antiguos enemigos se deleitaban en proferir contra nosotros anteriormente» (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 4. 7. 15). Es verdad que no -se habían terminado todavía los terrores de la persecución, porque los cristianos nunca admitirían que César era señor; pero la excelencia de sus vidas había silenciado las calumnias contra la Iglesia.

Aquí están nuestro desafío y nuestra inspiración. Es con el encanto de nuestra vida y conducta diaria como debemos -testificar del Evangelio a todos los que no lo creen.

EL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:13-15

Someteos a todas las instituciones humanas por causa del Señor, ya sea al rey, que ocupa el primer lugar, o a los gobernadores, a los que él envía para castigar a los que obran el mal o recompensar a los que obran el bien; porque la voluntad de Dios es que, haciéndolo así, le pongáis un bozal a la ignorancia de gente estúpida.

1. COMO CIUDADANO

Pedro considera el deber del cristiano en las diferentes esferas de la vida; y empieza por su deber como ciudadano del país en el que está viviendo.

Nada más lejos del pensamiento del Nuevo Testamento que cualquier clase de anarquía. Jesús había dicho: < Por tanto, dad al César lo que le pertenece; y a Dios, lo que Le pertenece» (*Mateo 22:21*). Pablo estaba seguro de que los que gobernaban la nación eran enviados de Dios; ante Quien eran responsables, y no inspiraban, por tanto, terror a la persona que vivía una vida honorable (*Romanos 13:1-7*). En las Cartas Pastorales se instruye al cristiano que debe orar por los reyes y por todos los que están en autoridad (*Timoteo 2:2*). La enseñanza del Nuevo Testamento es que el cristiano tiene que ser un ciudadano bueno y útil del país en el que desarrolla su vida.

Se ha dicho que fue el miedo el que construyó las ciudades, y que la gente se acurrucaba detrás de las murallas para sentirse segura. Las personas se agrupan y están dispuestas a vivir bajo ciertas leyes para que los buenos puedan vivir en paz y realizar su trabajo y emprender sus negocios, y a los malos se los mantenga a raya y se les impida hacer el mal. Según el Nuevo Testamento, la vida se supone que ha sido ordenada por Dios, y el estado ha sido ordenado por Dios para proveer y mantener ese orden.

El punto de vista del Nuevo Testamento es perfectamente lógico y justo. Mantiene que una persona no puede aceptar los privilegios que proporciona el estado sin aceptar al mismo tiempo las responsabilidades y los deberes que le impone. Por honor y decencia no puede limitarse exclusivamente a nada.

¿Cómo podemos traducir todo esto a nuestra situación moderna? C. E. B. Cranfield ha hecho ver con toda claridad que hay una diferencia fundamental entre el estado en los tiempos del Nuevo Testamento y el estado tal como lo conocemos ahora en Europa y en muchos países del mundo. En los tiempos del Nuevo Testamento el estado era *autoritario*. El gobernador tenía un poder absoluto; y el único deber del ciudadano era rendir una obediencia absoluta y pagar los impuestos (*Romanos 13:6-7*). En estas condiciones, la nota clave no podía por menos de ser *sumisión al estado*. Pero nosotros vivimos en un estado *democrático*; y en una democracia se hace necesaria mucho más que una actitud de sumisión incuestionable. El gobierno no es solamente el gobierno *del* pueblo; es también

por y para el pueblo. La demanda del Nuevo Testamento es que el cristiano debe cumplir su responsabilidad para con el estado. En un estado autoritario, eso consistía exclusivamente en *sumisión*. Pero, ¿cuál es esa obligación en circunstancias totalmente diferentes, como las de una democracia?

En cualquier estado tiene que haber una cierta medida de sumisión. Como C. E. B. Cranfield lo expresa, tiene que haber una subordinación voluntaria de la persona a los demás, poniendo el interés y el bienestar de los demás por encima del propio, prefiriendo dar más bien que recibir, servir más bien que ser servido.» Pero en un estado democrático, la nota clave debe ser, no *sumisión*, sino *cooperación*, porque el deber del ciudadano no es sólo someterse a que le gobiernen, sino asumir la parte que le corresponde en el gobierno. Así que, si el cristiano ha de cumplir su deber para con el estado, debe asumir su parte en el gobierno. Debe también asumir su responsabilidad en el gobierno local y en la vida del sindicato o de la asociación que incluya su trabajo, profesión o actividad. Es trágico el que tan pocos cristianos realmente cumplan con su deber para con el estado y la sociedad en los que viven.

Todavía nos falta por decir que el cristiano tiene una obligación por encima aun de la que tiene para con el estado. Aunque debe darle al César lo que es del César, debe también darle a Dios lo que es de Dios. A veces debe dejar bien claro que tiene que guardar fidelidad a Dios más bien que a los hombres (*Hechos 4:19; 5:29*). Puede que haya ocasiones, por tanto, en las que el cristiano cumplirá su obligación superior para con el estado rehusando obedecerle e insistiendo en obedecer a Dios. Haciéndolo así, por lo menos testificará de la verdad; y, en el mejor de los casos, puede que dirija al estado a tomar el camino de Cristo, y en el peor, que tenga que sufrir por su actitud.

EL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:16

Tenéis que vivir como personas libres, pero no usando vuestra libertad como una tapadera para hacer el mal, sino como esclavos de Dios.

2. EN LA SOCIEDAD

Cualquier gran doctrina cristiana se puede pervertir, convirtiéndola en una excusa para hacer el mal o no hacer el bien. La doctrina de la gracia se puede pervertir convirtiéndola en una excusa para pecar a gusto de cada uno. La doctrina del amor de Dios se puede sentimentalizar hasta el punto de que llegue a ser una excusa para quebrantar Su ley. La doctrina de la vida por venir se puede pervertir convirtiéndola en una excusa para tener en menos la vida de este mundo. Y no hay doctrina tan fácil de pervertir como la de la libertad cristiana.

Hay indicios que nos indican que eso ya pasaba en los tiempos del Nuevo Testamento. Pablo les dice a los gálatas que han sido llamados a la libertad, pero que no deben usar esa libertad como una disculpa para satisfacer los caprichos de la carne (*Gálatas 5:13*). En *Segunda de Pedro* leemos que algunos les prometían a los demás la libertad, pero ellos mismos eran esclavos de la corrupción (*2 Pedro 2:19*). Hasta los grandes pensadores paganos veían claramente que la perfecta libertad es, de hecho, el producto de la perfecta obediencia. Séneca decía: «Nadie es libre si es esclavo de su cuerpo.» Y: «La libertad consiste en obedecer a Dios.» Cicerón decía: «Somos siervos de las leyes para poder ser libres.» Plutarco insistía en que todos los malos son esclavos; y Epicteto declaraba que ningún malo puede ser nunca libre.

Para decirlo todavía más claro: La libertad cristiana siempre está condicionada por la responsabilidad cristiana. La

responsabilidad cristiana siempre está condicionada por el amor cristiano. El amor cristiano es el reflejo del amor de Dios. Y por tanto, la libertad cristiana se puede resumir en la memorable frase de Agustín: < Ama a Dios, y haz lo que quieras.>

El cristiano es libre porque es siervo de Dios. La libertad cristiana no quiere decir ser libre para hacer lo que a uno le dé la gana. Quiere decir ser libre para actuar como es debido, para vivir como Dios manda.

En este asunto tenemos que volver a la gran verdad central que ya hemos visto: El *Cristianismo es comunidad*. El cristiano no es un individuo aislado, sino un miembro de una comunidad dentro de la cual opera su libertad. La libertad cristiana, por tanto, es la libertad para servir. Solamente en Cristo es una persona liberada de sí misma y del pecado de forma que pueda llegar a ser tan buena como debe. La libertad se produce cuando una persona recibe a Cristo como Rey de su corazón y Señor de su vida.

RESUMEN DEL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:17

Respetada todas las personas; amada a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey.

Aquí tenemos lo que podríamos llamar el resumen de las obligaciones del cristiano para con los demás en cuatro puntos.

(i) *Respetad a todas las personas*. Nos puede parecer que eso no haría falta decirlo; pero cuando Pedro escribió esta carta era algo completamente nuevo. Había 60,000,000 de esclavos en el imperio romano, que eran considerados por la ley, no como personas, sino como cosas, sin el menor derecho a nada. De hecho, lo que Pedro está diciendo es: «Tened en cuenta los derechos de todas las personas y la dignidad de todas las personas.» Todavía hay quienes tratan a los demás como cosas.

Un empresario puede que considere a sus empleados como otras tantas máquinas humanas capaces de realizar un cierto trabajo. Hasta en el estado del bienestar, cuya finalidad es hacer todo lo posible por el bienestar físico de las personas, se corre peligro de considerar a las personas como números de una lista o como tarjetas de un sistema de informática.

John Lawrence, en su libro *Hechos duros: cómo ve un cristiano el mundo*, dice que una de las mayores necesidades del estado del bienestar es «ver más allá de las listas y los impresos por triplicado a las criaturas de Dios que están al otro extremo de la cadena de organización.» El peligro consiste en dejar de ver a los hombres y a las mujeres como personas. Esto llega hasta los hogares. Cuando vemos al otro como si no existiera más que para contribuir a nuestra comodidad o para hacer que tengan éxito nuestros planes, estamos mirándole, no como una persona, sino como una cosa. El más trágico peligro de todos es que así podemos llegar a considerar a nuestros más próximos e íntimos: como si no existieran nada más que para nuestra conveniencia, lo que equivale a tratarlos como cosas.

(ii) *Amada los hermanos*. Dentro de la comunidad cristiana, el respeto que debemos tener para con todas las personas se hace más cálido e íntimo: se vuelve amor. La atmósfera dominante de la Iglesia debe ser siempre el amor. Una de las definiciones más acertadas de la Iglesia es que es « la extensión de la familia.» La Iglesia es la familia más amplia de Dios, y el vínculo que la une debe ser el amor. Como dijo el salmista:

¡Fijaos, qué cosa tan estupenda y tan encantadora es el estar conviviendo como hermanos en armonía y unidad! (Salmo 133:1).

(iii) *Temed a Dios*. El autor de *Proverbios* decía: «El temor del Señor es el principio del conocimiento» (*Proverbios 1:7*). Tal vez una traducción mejor sería, no que el temor del Señor es *el principio* del conocimiento, sino que el temor del Señor

es la parte más importante, el verdadero *cimiento* del conocimiento. *Temor* no quiere decir *terror*, sino veneración y reverencia. Es indudable que jamás reverenciaremos a nadie hasta que reverenciamos a Dios. Es sólo cuando Le reconocemos a Dios el lugar que Le pertenece en el centro, cuando todas las cosas se colocan en el lugar que les corresponde.

(iv) *Honrad al rey*. De las cuatro exhortaciones de este versículo, esta es la más sorprendente; porque, si fue de veras Pedro el que escribió esta carta, el rey en cuestión no era otro que Nerón. La enseñanza del Nuevo Testamento es que el gobernante es enviado por Dios para mantener el orden entre la gente, y que ha de ser respetado, aunque sea Nerón.

EL CRISTIANO COMO SIERVO

1 Pedro 2:18-25

Siervos, someteos a vuestros amos con todo respeto, no sólo a los que son buenos y justos, sino también a los perversos; porque es una señal auténtica de gracia el que una persona soporte el trance de un sufrimiento injusto a causa de su conciencia para con Dios. Es a esta clase de vida a la que habéis sido llamados; porque Cristo también sufrió por nosotros dejándonos la estela de Su ejemplo para que sigamos Sus pisadas. Él no había cometido ningún pecado, ni se había descubierto nunca ninguna falsedad en Sus palabras. Cuando Le insultaban, no respondía con insultos. Cuando sufría no profería amenazas, sino Se encomendaba al único Que juzga con justicia. Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros nos apartemos de los pecados y vivamos para la integridad. Gracias a Sus heridas habéis sido sanados; porque vosotros estabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Protector de vuestras almas.

Aquí tenemos un pasaje que sería pertinente para la mayor parte de los primeros lectores de esta carta, porque Pedro escribe a siervos y a esclavos, que eran los que formaban la mayor parte de la Iglesia Primitiva. La palabra que usa Pedro para *siervos* no es *duloi*, que es la más corriente para *esclavos*, sino *oiketai*, la palabra que designaba a los esclavos domésticos o de la familia. Para entender el sentido real de lo que Pedro está diciendo tenemos que saber algo de la naturaleza de la esclavitud en los tiempos de la Iglesia Primitiva. En el imperio romano había tantos como 60,000,000 de esclavos. La esclavitud empezó con las conquistas romanas, y los esclavos fueron en un principio principalmente prisioneros de guerra. En los tiempos más primitivos de Roma había pocos esclavos, pero para los tiempos del Nuevo Testamento se contaban por millones.

No eran exclusivamente, ni mucho menos, los trabajos rudos los únicos que realizaban los esclavos. Los médicos, maestros, músicos, actores, secretarios y mayordomos eran esclavos. De hecho, todo el trabajo lo hacían los esclavos en Roma. La actitud romana era que no tenía ningún sentido ser el amo del mundo si uno tenía que hacer su propio trabajo. Que los hicieran los esclavos, para que los ciudadanos pudieran vivir en una ociosidad ininterrumpida e inmoléstada. La provisión de esclavos nunca estaba en crisis.

A los esclavos no se les permitía casarse; pero cohabitaban, y los hijos que nacían de tales relaciones eran propiedad del amo, no de los padres, lo mismo que los corderos que parían las ovejas pertenecían al dueño del rebaño y no a las ovejas.

Sería equivocado pensar que la suerte de los esclavos era siempre desgraciada y miserable, y que se los trataba siempre con crueldad. Muchos esclavos eran miembros de la familia romana -más amplia que las nuestras-, a los que se quería y en los que se confiaba; pero había un hecho decisivo e inescapable que dominaba toda la situación: para la ley romana, un esclavo no era una persona, sino una cosa que no tenía

absolutamente ningún derecho legal. Por tal razón, no podía haber nada que se asemejara a la justicia en relación con los esclavos. Aristóteles decía: «No puede haber ni amistad ni justicia con las cosas inanimadas; ni siquiera con un caballo o un toro, ni tampoco con un esclavo en tanto que esclavo. Porque el amo y el esclavo no tienen nada en común; un esclavo es una herramienta viva, así como una herramienta es un esclavo inanimado.» Varrón divide los instrumentos de la agricultura en tres clases: los articulados, los inarticulados y los mudos; «los articulados incluyen a los esclavos; los inarticulados, el ganado, y los mudos, las herramientas.» La única diferencia que hay entre un esclavo y una acémila o un arado es que el esclavo puede hablar. Pedro Crisólogo resume el asunto de esta manera: «Lo que el amo le hace al esclavo, inmerecidamente, por ira, voluntaria o involuntariamente, por olvido o después de meditarlo, a sabiendas o sin darse cuenta, es juicio, justicia y ley.» En cuanto al esclavo, la voluntad de su amo, o hasta el capricho de este, son la única ley.

El factor determinante de la vida de un esclavo era, por tanto, aun si se le trataba bien, que seguía siendo una cosa. No tenía ninguno de los más elementales derechos de la persona, y para él la justicia ni siquiera existía.

EL PELIGRO DE UNA NUEVA SITUACIÓN

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

A esta situación llegó el Cristianismo con su mensaje de que toda persona es preciosa a los ojos de Dios. El resultado fue que dentro de la Iglesia las barreras sociales desaparecieron. Calisto, uno de los primeros obispos de Roma, era un esclavo; Perpetua, la aristócrata, y Felicitas, la muchacha esclava, fueron juntas al martirio. La gran mayoría de los cristianos originales eran gente humilde, y muchos de ellos esclavos. Era perfectamente posible en los primeros tiempos de la Iglesia

que un esclavo fuera el presidente de la congregación, y su amo, sencillamente un miembro. Esta era una situación nueva y revolucionaria. Tenía su gloria, pero también tenía sus peligros. En este pasaje, Pedro exhorta al esclavo a que sea un buen esclavo y un fiel obrero; porque veía dos peligros.

(i) Supongamos que el amo y el esclavo se hacían cristianos; surgiría el peligro de que el esclavo presumiera de la nueva relación, y la convirtiera en una disculpa para escurrir el bulto en el trabajo, asumiendo que, como tanto su amo como él eran cristianos, siempre podía salirse con la suya. Esa situación no sería el fin de los problemas. Todavía hay personas que comercian con la buena voluntad de un jefe cristiano, y creen que el hecho de que tanto ellos como sus jefes sean cristianos les da derecho a evitar la disciplina y el castigo. Pero Pedro lo pone bien claro. La relación entre cristiano y cristiano no elimina la relación entre hombre y hombre. El cristiano debe, por supuesto, ser mejor trabajador que nadie. Su cristianismo no es una razón para reclamar la exención de la disciplina; por el contrario, le obliga a una mayor autodisciplina y le hace más concienzudo que los demás.

(ii) Había el peligro de que la nueva dignidad que el Cristianismo le confería hiciera que el esclavo fuera rebelde y buscara abolir totalmente la esclavitud. Algunos estudiantes se sorprenden de que ningún autor del Nuevo Testamento defendiera nunca la abolición de la esclavitud, o ni siquiera dijera claramente que era un mal. La razón era muy sencilla. El haber animado a los esclavos a levantarse contra sus amos habría conducido rápidamente al desastre. Había habido tales levantamientos antes, que siempre habían sido aplastados rápida y salvajemente. En cualquier caso, tal enseñanza le habría reportado al Cristianismo la reputación de ser una religión subversiva. Hay cosas que no pueden suceder de la noche a la mañana; hay situaciones en las que la levadura tiene que obrar, y la prisa sólo demoraría el resultado deseado. La levadura del Cristianismo tenía que obrar en el mundo durante muchas generaciones antes que la abolición de la esclavitud

llegara a ser una posibilidad práctica. Pedro tenía interés en que los esclavos cristianos le demostraran al mundo que el Evangelio no los hacía rebeldes o insumisos, sino más bien obreros que habían encontrado una nueva inspiración para realizar su trabajo día-río honradamente. Todavía sucederá a menudo que, cuando no se puede cambiar inmediatamente una situación, el deber del cristiano sea ser cristiano en esa situación y aceptar lo que no se puede cambiar hasta que haya obrado la levadura.

LA NUEVA ACTITUD ANTE EL TRABAJO

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

Pero el Cristianismo no se limitó a aplazar este asunto. Introdujo tres grandes principios nuevos en la actitud del hombre como siervo y como trabajador.

(i) El Cristianismo introdujo una nueva relación entre el amo y el esclavo. Cuando Pablo le devolvió a Filemón a su esclavo fugitivo Onésimo, no le sugirió siquiera que le dejara en libertad. No insinuó que Filemón debería dejar de ser el amo, y Onésimo el esclavo. Lo que sí dijo fue que Filemón tenía que recibir a Onésimo, no ya como siervo, sino como hermano querido (*Filemón 16*). El Cristianismo no abolió las diferencias sociales; pero introdujo una relación nueva de fraternidad en la que esas diferencias quedaban superadas y transformadas. Donde hay verdadera fraternidad no importa que se llame a uno amo y a otro esclavo. Hay entre ellos un vínculo que transforma las diferencias que imponen las circunstancias de la vida. La solución de los problemas del mundo se encuentra en la nueva relación entre las personas que hace posible el Evangelio del amor de Dios manifestado en Jesucristo.

(ii) El Cristianismo introdujo una nueva actitud ante el trabajo. El Nuevo Testamento expresa la convicción de que todo trabajo se ha de hacer como para Jesucristo. Y Pablo

escribe: < Cualquiera que sea vuestra actividad, ya sea de palabra o de obra, hacedla en el nombre del Señor Jesús> (*Colosenses 3:17*). < Si coméis o bebéis o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios> (*1 Corintios 10:31*). En el ideal cristiano, el trabajo no se hace para un amo terrenal o para obtener prestigio o para hacer dinero; se hace para Dios. Es verdad, por supuesto, que hay que trabajar para ganar un sueldo, y que se debe cumplir con el que le emplea a uno; pero, por encima de eso, el cristiano tiene la convicción de que tiene que hacer su trabajo bien para que no le dé vergüenza presentárselo a Dios.

(iii) Pero, cuando estos ideales elevados se colocaban en el contexto de la Iglesia Primitiva -y la situación no cambia del todo en nuestro tiempo-, surgía una gran pregunta. Supongamos que una persona tiene la actitud cristiana para con los demás y para con el trabajo, y se la trata con injusticia, insulto y afrenta. ¿Qué se debe hacer entonces? La gran respuesta de Pedro es que eso fue lo que Le sucedió a Jesús. Él no era sino el *Siervo Doliente*. Los versículos 21-25 abundan en ecos y referencias a *Isaías 53*, el supremo cuadro del Siervo Doliente de Dios que se hizo realidad en la vida de Jesús. Él era sin pecado, y sin embargo Le insultaron y lo sufrió; Él aceptó los insultos y sufrimientos con sereno amor, y los soportó por los pecados de la humanidad.

De esa manera nos dejó un ejemplo para que sigamos Sus pisadas (versículo 21). La palabra que usa Pedro para *ejemplo* es muy sugestiva: *hypogrammós*, que procede del lenguaje escolar e indica la manera que se usaba en el mundo antiguo =y se sigue usando- para enseñar a los niños a escribir. El *hypogrammós* podía tener dos formas: una línea modélica que el alumno tenía que ir recorriendo y rellenando, o una escritura a la cabeza de la página que el alumno tenía que copiar en las líneas sucesivas. Jesús nos ha dejado el modelo que debemos seguir. Si tenemos que sufrir insultos .o injusticias o injurias, únicamente tenemos que recorrer lo que Él ya ha pasado. Puede que Pedro tuviera en mente el atisbo de una verdad

tremenda. Los sufrimientos de Jesús fueron por causa del pecado humano; sufrió para hacer volver la humanidad a Dios. Y puede que cuando el cristiano sufre con firmeza, sin quejarse y con amor inalterable, insultos o injurias, está mostrando a los otros una vida que los puede hacer volver a Dios.

DOS PRECIOSOS NOMBRES DE DIOS

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

En el último versículo de este capítulo encontramos dos de los grandes nombres de Dios: Pastor y Obispo de nuestras almas, como dice la versión Reina-Valera.

(i) Dios es *el Pastor de las almas*. En griego, *poimén*. *Pastor*, es una de las descripciones clásicas de Dios. El salmista lo plasmó en su famoso salmo: «El Señor es mi Pastor» (*Salmo 23:1*). Isaías dice: «Como un pastor apacentará Su rebaño; en Su brazo llevará los corderos, y en Su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas» (*Isaías 40:11*).

El gran Rey Que Dios iba a mandar a Israel sería el Pastor de Su pueblo. Ezequiel escucha la promesa de Dios: « Y levantaré sobre ellas a un Pastor Que las apacentará; a Mi siervo David, para que las apaciente y les sea por Pastor» (*Ezequiel 34:23; 37:24*).

Este fue el título que Jesús Se aplicó cuando Se llamó el Buen Pastor y cuando dijo que el Buen Pastor da Su vida por las ovejas (*Juan 10:1-18*). Para Jesús, las personas que no conocían a Dios y que estaban esperando lo que Él les diera eran como ovejas sin pastor (*Marcos 6:34*). El gran privilegio que se otorga al siervo y ministro de Cristo es ser pastor del rebaño de Dios (*Juan 21:16; Hechos 20:28; 1 Pedro 5:2*).

Tal vez nos sea difícil a los que vivimos en zonas urbanas y en una civilización industrial el captar la grandeza de esta imagen; pero en Oriente, y más entonces, sería muy gráfica, especialmente en Judea, en la que había una meseta central

estrecha y bordeada de peligros, que era donde se apacentaban las ovejas. La hierba era escasa; no había vallas protectoras, y las ovejas vagaban. El pastor, por tanto, tenía que velar por ellas atenta y constantemente, no fuera que le acechara algún peligro al rebaño.

En *su Geografía histórica de la Tierra Santa*, George Adam Smith describe al pastor de Judea: «Entre nosotros, en Escocia, las ovejas se dejan a su aire; pero no recuerdo haber visto nunca en Oriente un rebaño de ovejas sin su pastor. En tales parajes como Judea, donde el pasto del día está desperdigado por una franja de tierra sin vallar, llena de senderos engañosos, todavía frecuentada por fieras y bordeada por el desierto, el hombre y su carácter son indispensables. En algún monte escarpado en el que ululan las hienas por la noche, cuando te le encuentras insomne, con la vista en la lejanía, curtido por la intemperie, armado, apoyado en su cayado y vigilando sus ovejas dispersas con cada una de ellas en el corazón, te das cuenta de por qué el pastor de Judea saltó al frente de la historia de su pueblo; por qué le dieron su nombre a sus reyes, y le hicieron un símbolo de la Providencia; por qué Cristo le adoptó como tipo de autosacrificio.»

Esta palabra *pastor* nos habla gráficamente de la incesante vigilancia y autosacrificio del amor que Dios nos tiene a los que somos Su rebaño. «Pueblo Suyo somos, y ovejas de Su prado» (*Salmo 100:3*).

DOS PRECIOSOS NOMBRES DE DIOS

1 Pedro 2:18-25 (conclusión)

(ii) La versión Reina-Valera habla de Dios como el Pastor y *Obispo* de nuestras almas; pero ahora *Obispo* corresponde inadecuadamente al original griego *epískopos*.

Epískopos es una palabra que tiene un gran historia. En la *Ilíada* de Homero, a Héctor, el gran campeón de los troyanos,

se le llama *epískopos* porque durante toda su vida defendió la ciudad de Troya y mantuvo a salvo a las nobles esposas y niños. *Epískopos* se aplica a los dioses que son los guardianes de los tratados que hacen los hombres y de los acuerdos a los que llegan, y que son los protectores de las casas y de los hogares. La justicia, por ejemplo, es el *epískopos* que se encarga de que la persona pague el precio del mal que ha hecho.

En las *Leyes* de Platón, los guardianes del estado son los que tienen el deber de supervisar los deportes, la alimentación y la educación de los menores para que sean «sanos de pies y manos, y de ninguna manera, si es posible, estropeen su naturaleza con sus hábitos.» Los funcionarios a los que Platón llama inspectores de los mercados son *epískopoi* que «supervisan la conducta personal, manteniendo el ojo en el comportamiento desordenado e indisciplinado para castigar a los que lo necesitan.»

En las leyes y la administración de Atenas, los *epískopoi* eran gobernadores y administradores e inspectores enviados a los estados súbditos para que se cumplieran la ley, el orden y la lealtad. En Rodas, los principales magistrados eran cinco *epískopoi* que presidían el buen gobierno, la ley y el orden del estado.

Epískopos es, por tanto, una palabra polivalente pero siempre noble. Quiere decir protector de la seguridad pública, guardián del honor y la honradez, supervisor de la correcta educación y de la moral pública, administrador de la ley y el orden público.

Así que el llamar a Dios *Epískopos* de nuestras almas es decir que Él es nuestro Guardián, Protector, Guía y Director.

Dios es el Pastor y el Protector de nuestras almas. Nos cuida con Su amor; nos protege con Su poder, y nos guía por el buen camino con Su sabiduría.

LA PREDICACIÓN CALLADA DE UNA VIDA HERMOSA

1 Pedro 3: 1-2

Y vosotras lo mismo, esposas: tened respeto a vuestros maridos para que, si el de alguna rechaza creer en el Evangelio, pueda ser ganado para Cristo sin recurrir a las palabras al ver vuestro comportamiento puro y reverente.

Pedro vuelve a los problemas domésticos que el Evangelio producía inevitablemente. Sucedería muchas veces que uno de los cónyuges se convertía y el otro seguía impermeable a la llamada del Evangelio; y era inevitable que esa situación creara dificultades.

Puede parecer extraño que el consejo de Pedro a las esposas sea seis veces más largo que el que dedica a los maridos; pero se comprende, porque la posición de la esposa era mucho más difícil que la del marido. Si un marido se hacía cristiano, podía llevar a su mujer a la iglesia automáticamente y sin problemas. Pero, si una mujer se hacía cristiana y su marido no, eNtaba dando un paso sin precedentes y que producía los problemas más agudos.

En cualquier esfera de las civilizaciones antiguas, la mujer no tenía derechos. Bajo la ley judía, una mujer era una cosa; propiedad de su marido exactamente lo mismo que las ovejas o las cabras; de ninguna manera podía dejarle, aunque él sí se podía divorciar cuando quisiera. El que una mujer cambiara de religión sin que lo hiciera su marido era inconcebible.

En la civilización griega, el deber de una mujer era «no salir de casa y ser obediente al marido.» Era propio de una buena mujer el ver, oír y preguntar lo menos posible. No tenía ninguna clase de existencia independiente ni de inteligencia que le fueran propias, y el marido se podía divorciar de ella cuando quisiera, con sólo devolver la dote.

Bajo la ley romana, la mujer no tenía derechos. Ante la ley siempre era menor de edad. Cuando vivía con su padre, estaba bajo la *patria potestas*, la autoridad paterna, que le confería al padre poder hasta de vida o muerte; y cuando se casaba, pasaba a estar en la misma situación con su marido: totalmente sometida y a merced de él. Catón el Censor, un romano típico de la vieja usanza, escribió: « Si pillas a tu mujer en un acto de infidelidad, puedes matarla impunemente sin sentencia judicial.» A las matronas romanas se les prohibía beber vino, y Egnatius mató a la suya de la paliza que le dio cuando la encontró haciéndolo. Sulpicius Gallus despidió a su mujer por aparecer una vez en la calle sin velo. Antistius Vetus se divorció de la suya porque la vio hablando amigablemente con una liberta en público. Publius Sempronius Sophus se divorció de su mujer porque fue una vez a las competiciones deportivas. La actitud general de las civilizaciones antiguas era que ninguna mujer se podía permitir hacer ninguna decisión por sí misma

¿En qué consistían, entonces, los problemas de una mujer casada que se hacía cristiana, si su marido permanecía fiel a la religión ancestral? Casi nos es imposible darnos cuenta de cómo sería la vida para una mujer que tuviera el valor de hacerse cristiana.

¿Qué consejo da Pedro en ese caso? Empezaremos por decir lo que *no* aconseja.

No aconseja que la mujer abandone al marido. Aquí tiene exactamente la misma actitud que Pablo (1 *Corintios* 7:13-16). Tanto Pablo como Pedro están seguros de que la esposa cristiana debe seguir con su marido pagano siempre que él no la eche de casa. Pedro no dice que la mujer debe predicar o discutir. No le dice que insista en que no hay diferencia entre esclavos y libres, gentiles y judíos, varones o mujeres, sino que todos son lo mismo ante el Cristo al que ha llegado a conocer. Le dice una cosa bien sencilla: que sea una buena esposa. Será mediante la predicación silenciosa de la hermosura de su vida como haga caer las barreras de prejuicio y hostilidad, y gane a su marido para su Señor.

Debe ser *sumisa*. No se trata aquí de una sumisión pasiva, sino de lo que alguien ha llamado acertadamente «una consciente renuncia al egoísmo.» Es la sumisión que se basa en la muerte al orgullo y el deseo de servir. No es la sumisión del miedo, sino la del perfecto amor.

Debe ser *pura*. Debe haber en su vida una preciosa castidad y fidelidad basadas en el amor.

Debe ser *reverente*. Debe vivir con la convicción de que todo el mundo es el templo del Dios viviente, y de que toda la vida se vive en la presencia de Cristo.

LOS AUTÉNTICOS COSMÉTICOS

1 Pedro 3:3-6

Que vuestro verdadero encanto no dependa de cosas externas, como los peinados complicados o las joyas o los vestidos lujosos, sino del ornamento interior del corazón, que es la gracia perenne de un carácter amable y apacible, que es lo que Dios aprecia. Porque así era como se ataviaban las santas de antaño que ponían su esperanza en Dios manteniéndose bajo la autoridad de sus maridos. Así era como Sara obedecía a su marido Abraham, al que llamaba su señor; y vosotras habéis llegado a ser sus descendientes si obráis el bien y no sois presa de miedos que roban la calma.

Bengel habla del «trabajo que se dedica al vestido, que consume tanto tiempo.» Eso no es exclusivo de nuestro tiempo. Ya hemos visto que en el mundo antiguo las mujeres no tomaban ninguna parte en la vida social; no se dedicaban a nada, razón por la cual se comentaba a veces que se les tenía que permitir el interés en vestidos y cosméticos. Catón el Censor insistía en la sencillez; Lucio Valerio le contestaba: «¿Por qué tienen los maridos que escatimarles a sus mujeres

los adornos y la ropa? Ellas no pueden tener cargos públicos, ni religiosos, ni ganar premios. No se pueden ocupar en nada. ¿Qué van a hacer sino dedicar su tiempo a los ornamentos y los vestidos?» Un interés desmesurado en el propio embellecimiento ya era entonces, como ahora, señal de que la persona no tenía otras cosas más importantes en que ocuparse.

Los antiguos moralistas condenaban no menos que los maestros cristianos el lujo excesivo. Quintiliano, el maestro de la oratoria latina, escribió: < Un vestido de calidad y buen gusto, como nos dice el poeta griego, añade dignidad a la persona que lo lleva; pero un atuendo afeminado y lujoso no adorna el cuerpo de veras, y no hace más que revelar la sordidez de la inteligencia. » El filósofo Epicteto, pensando en la vida mezquina a la que se veían condenadas las mujeres en el mundo antiguo, decía: «En cuanto tienen catorce años, los hombres las llaman "damas". Así que, cuando se dan cuenta de que no valen para nada más que para compartir la cama con los hombres, empiezan a embellecerse y a poner todas sus esperanzas en ello. Por tanto, vale la pena tomarse la molestia de hacerles comprender que lo que las hace verdaderamente respetables es que sean modestas y se hagan respetar.» Epicteto y Pedro están de acuerdo.

Hay por lo menos un pasaje del Antiguo Testamento en el que se hace una lista de las distintas piezas de ornamentos femeninos y se amenaza con el día del juicio en que serán destruidos. Se encuentra en Isaías 3:18-24: «Las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados.»

En el mundo de los griegos y los romanos es interesante coleccionar las referencias a los adornos personales. Había tantas maneras de arreglar el cabello como abejas en Hybca. El pelo se rizaba y teñía, a veces de negro pero más frecuentemente de rubio. Se llevaban pelucas, sobre todo rubias, que

se encuentran hasta en las catacumbas cristianas; el pelo del que se fabricaban se importaba de Alemania, y hasta de la India. Sujetadores de pelo, peinetas, horquillas y peines se hacían de marfil o de boj, y de concha de tortuga; a veces también de oro con joyas engastadas.

La púrpura era el color favorito para la ropa. Una libra (algo menos de medio kilo) de la mejor lana púrpura de Tiro, colada dos veces, costaba 1,000 *denarii*. (Recuérdese para calcular el equivalente actual que el denario era el sueldo de un día). Un chaquetón tiro de la mejor púrpura costaría más del doble de esa cantidad. Las sedas, perlas, aromas y joyas que se importaron de la India en un año costaron unos 250,000,000 de pesetas. Otras importaciones similares venían de Arabia.

Diamantes, esmeraldas, topacios, ópalo y sardónices eran las piedras preciosas favoritas. Struma Nonius tenía un anillo valorado en unos 5,000,000 de pesetas. Las perlas eran lo que más se apreciaba. Julio César le compró a Servilia una perla que le costó unos 15,000,000 de pesetas. Se hacían pendientes de perla, y Séneca habla de mujeres que llevaban dos o tres fortunas colgando de las orejas. También se usaban incrustadas en zapatillas; Nerón hasta tenía una habitación con las paredes cubiertas de perlas. Plinio vio a Lollia Paulina, la mujer de Calígula, con un vestido tan cubierto de perlas y esmeraldas que había costado unos 100,000,000 de pesetas.

El Evangelio vino a un mundo en el que se combinaban el lujo y la decadencia.

En vista de todo esto, Pedro insiste en las gracias que adornan el corazón, que son las que Dios aprecia. Esas eran las joyas que adornaban a las santas mujeres de antaño. Isaías había llamado a Sara la madre del pueblo fiel a Dios (Isaías 51:2); y si las esposas cristianas se adornaban con las mismas gracias de modestia, humildad y castidad, eran también sus hijas en la familia del pueblo fiel de Dios.

Una mujer cristiana de aquellos tiempos vivía en una sociedad en la que estaría tentada a toda clase de extravagancias insensatas, y por el miedo a los caprichos de su marido pagano;

pero había de vivir para el servicio generoso, en bondad y confianza serena. Ese sería el mejor sermón de evangelización que le podría predicar a su marido. Hay pocos pasajes en los que se subraye más claramente el valor de una vida cristianamente hermosa.

LAS OBLIGACIONES DEL MARIDO

1 Pedro 3:7

Por lo que a vosotros respecta, maridos, convivid sensatamente con vuestras mujeres, teniendo presente que son el sexo débil y asignándole el honor que les es debido como coherederas de la gracia de la vida, para que no se bloqueen vuestras oraciones.

Aunque este pasaje es corto, contiene mucho de la quintaesencia de la ética cristiana. Esta ética es lo que podría llamarse una ética *recíproca*. Nunca coloca toda la responsabilidad en uno de los lados. Si habla de los deberes de los esclavos, también habla de los de los amos. Si trata de las obligaciones de los hijos, también lo hace de las de los padres (*cp. Efesios 6:1-9; Colosenses 3:20 - 4:1*). Pedro acaba de establecer los deberes de las esposas; ahora establece los de los maridos. El matrimonio se basa en una obligación recíproca. Un matrimonio en el que todos los privilegios estuvieran en una parte y todas las obligaciones en la otra estaría abocado a ser imperfecto y con las mayores probabilidades de fracaso. Ésta era una concepción nueva en el mundo antiguo. Ya hemos notado la absoluta falta de derechos de la mujer y citado la afirmación de Catón de los del marido. Pero no terminamos esa cita, cosa que hacemos ahora: «Si pillas a tu mujer en **un acto de infidelidad, puedes matarla impunemente** sin sentencia judicial; pero si es ella la que te sorprende a ti, ya se guardaría de poner ni un dedo en el asunto, porque no tiene

el menor derecho.» En el código moral romano todas las obligaciones eran para la esposa, y todos los privilegios para el marido. La ética cristiana nunca concede un privilegio sin la obligación correspondiente.

¿Cuáles eran las obligaciones del marido?

(i) Debe ser *comprendivo*. Debe ser considerado y sensible a los sentimientos de su mujer. La madre de Somerset Maugham era una mujer hermosa que tenía el mundo a sus pies, pero su padre no tenía ningún atractivo. Alguien le preguntó a ella alguna vez: «¿Por qué sigues fiel a ese feo tipejo con el que te casaste?» Su respuesta fue: «Porque nunca hace nada que me moleste.» La comprensión y la consideración habían forjado un vínculo inquebrantable. La crueldad más difícil de soportar no es a menudo deliberada, sino el resultado de hacer las cosas sin pensarlas.

(ii) Debe ser *caballeroso*. Debe tener presente que la mujer es el sexo débil y tratarla con cortesía. En el mundo antiguo, la caballerosidad con las mujeres era casi desconocida. Era, y todavía es, algo muy corriente en Oriente el ver a un hombre montado en el burro mientras la mujer va a pie. Fue el cristianismo el que introdujo la caballerosidad en las relaciones entre hombres y mujeres.

(iii) Debe recordar que la mujer tiene *los mismos derechos espirituales*. Es coheredera de la gracia de la vida. Las mujeres no participaban en los actos de culto de los griegos y los romanos. Aun en la sinagoga judía no tomaban parte en el culto, y todavía es igual en las sinagogas ortodoxas. Cuando se las admitía en la sinagoga de alguna manera, estaban segregadas de los hombres y ocultas detrás de una pantalla. Aquí, en el cristianismo surgió el principio revolucionario de que las mujeres tienen iguales derechos espirituales, con lo cual cambió radicalmente la relación entre los sexos.

(iv) A menos que el hombre cumpla con estas obligaciones, hay una barrera que impide que sus oraciones lleguen a Dios. Como dice Bigg: «La imagen de una esposa injuriada se encuentra entre las oraciones del marido y la escucha de Dios.»

Aquí hay una gran verdad. Nuestra relación con Dios nunca puede ser como es debido si no lo es nuestra relación con nuestros prójimos. Es cuando estamos de consuno con los demás cuando podemos estarlo con Él.

LAS MARCAS DE LA VIDA CRISTIANA (1)

1 Pedro 3:8-12

Por último, estad siempre en armonía; simpatizad siempre con los demás y vivid el amor fraternal; sed compasivos y humildes; no paguéis el mal con el mal, ni los insultos con insultos; por el contrario reaccionad siempre con bendiciones; porque es para dar y para heredar bendición para lo que habéis sido llamados.

Que el que quiera amar la vida, y ver días buenos, guarde su lengua del mal y sus labios de hablar astucias; que se aparte bien lejos del mal y haga el bien; que busque la paz y se la proponga siempre; porque los ojos del Señor están sobre los íntegros, y atentos Sus oídos a sus oraciones; pero el Señor Se encara con los que hacen el mal.

Pedro, como si dijéramos, reúne las grandes cualidades de la vida cristiana.

(i) Al frente de todas coloca *la unidad cristiana*. Vale la pena recopilar los grandes pasajes del Nuevo Testamento sobre la unidad, a fin de ver cuán grande lugar ocupa en el pensamiento del Nuevo Testamento. La base de todo el tema está en las palabras de Jesús que pidió que Su pueblo fuera una sola cosa, como lo son El y el Padre (*Juan 17:21-23*). En

los fascinantes primeros días de la Iglesia, esta oración se cumplía, porque eran todos «de un corazón y un alma» (*Hechos 4:32*). Una y otra vez Pablo exhorta a los creyentes a esta unidad y ora por ella. Recuerda a los cristianos de Roma que, aunque eran muchos, eran un solo cuerpo, y los exhorta a que estén unánimes (*Romanos 12:4, 16*). Al escribir a los cristianos de Corinto usa la misma ilustración de los creyentes como miembros de un cuerpo a pesar de todas sus cualidades y dones diferentes (*1 Corintios 12:12-31*). Exhorta a los díscolos corintios que no haya entre ellos divisiones y que se mantengan perfectamente unidos «en una misma mente y un mismo parecer» (*1 Corintios 1:10*). Les dice que las contiendas y las divisiones son cosas de la carne, señales de que siguen viviendo a un nivel meramente humano, sin la mente de Cristo (*1 Corintios 3:3*). Por haber participado del un pan, deben ser un cuerpo (*1 Corintios 10:17*). Les dice que deben ser «de un mismo sentir, y vivir en paz» (*2 Corintios 13:11*). Las barreras divisorias se han derrumbado en Jesucristo, y judíos y griegos están unidos en un mismo pueblo (*Efesios 2:13s*). Los cristianos deben mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, *recordando* que hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos (*Efesios 4:3-6*). Los filipenses tienen que mantenerse firmes en un mismo espíritu conteniendo unánimes por la fe del Evangelio; completan la felicidad de Pablo teniendo el mismo amor y la misma actitud; exhorta a Evodia y Síntique a que «sean de un mismo sentir en el Señor» (*Filipenses 1:27; 2:2; 4:2*).

En todo el Nuevo Testamento resuena esta exhortación a la unidad cristiana. Es más que una exhortación; es el anuncio de que nadie puede vivir la vida cristiana a menos que esté en unidad en sus relaciones personales con sus semejantes; y que la iglesia no puede ser verdaderamente cristiana si hay divisiones en ella. Es trágico el ver lo lejos que se encuentran muchos de hacer realidad esta unidad en sus vidas personales, y lo lejos que está la Iglesia de hacerla realidad dentro de sí misma. C. E. B. Cranfield lo expresa tan hermosamente que

no podemos por menos de citar todo su comentario, aunque es extenso: «El Nuevo Testamento no trata nunca la unidad en Cristo como si fuera un lujo espiritual altamente deseable pero innecesario, sino como algo esencial a la verdadera naturaleza de la Iglesia. Las divisiones, ya sean desacuerdos entre miembros individuales o la existencia de grupos o partidos y -¡cuánto más!- las denominaciones del presente, constituyen una puesta en duda del mismo Evangelio y una señal de que los que están involucrados son carnales. Cuanto más en serio tomamos el Nuevo Testamento, tanto más urgente y doloroso llega a ser nuestro sentimiento del pecado de las divisiones, y más serios nuestros esfuerzos y oraciones por la paz y la unidad de la Iglesia en la Tierra. Eso no quiere decir que la unanimidad a la que aspiramos tenga que ser una uniformidad mecánica de la clase tan apreciada por los burócratas. Más bien ha de ser una unidad en la que las tensiones poderosas se mantengan unidas por una lealtad a ultranza, y las fuertes antipatías de raza y color, temperamento y gusto, posición social e interés económico, sean superadas en una adoración común y una común obediencia. Tal unidad sólo llegará cuando los cristianos sean suficientemente humildes y osados para aferrarse a la unidad ya dada en Cristo y tomarla más en serio que su propia auto-importancia y pecado, y hacer de estas profundas diferencias de doctrina, que se originan en nuestra imperfecta comprensión del Evangelio y que no osaríamos minimizar, no una excusa para desligarnos o mantenernos aparte del otro, sino más bien un incentivo para una búsqueda más concienzuda de escuchar y obedecer la voz de Cristo en íntimo compañerismo.» Así y aquí habla la voz profética a nuestra condición.

LAS MARCAS DE LA VIDA CRISTIANA (2)

1 Pedro 3:8-12 (conclusión)

(ii) En segundo lugar Pedro coloca *la simpatía* --en griego, *sentir con*-. Aquí también todo el Nuevo Testamento nos recuerda esta obligación. Debemos alegrarnos con los que están alegres y llorar con los que lloran (*Romanos 12:15*). Cuando sufre un miembro del cuerpo, todos los demás sufren con él; y cuando un miembro recibe honores, todos los otros se congratulan (*1 Corintios 12:26*), y así debe ser entre los cristianos, que son el Cuerpo de Cristo. Una cosa resulta clara, y es que la simpatía y el egoísmo no pueden coexistir. Mientras el yo sea lo más importante del mundo no puede haber verdadera simpatía; esta depende de la voluntad de olvidar el yo e identificarse con el dolor y el sufrimiento de otros. La simpatía viene al corazón cuando Cristo reina en él.

(iii) En tercer lugar coloca Pedro *el amor fraternal*. Este asunto también se remonta a las palabras de Jesús. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros... Así sabrán todos que sois Mis discípulos: si os amáis unos a otros» (*Juan 13:34s*). Aquí habla el Nuevo Testamento definitiva y directamente de una manera que casi espanta. «Reconocemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos. El que no ama sigue en la muerte. El que aborrece a su hermanos en un asesino» (*1 Juan 3:14s*). « Si alguien dice: "Yo amo a Dios", pero aborrece a su hermano, es un mentiroso» (*1 Juan 4:20*). Es un hecho que amar a Dios y a nuestros semejantes son inseparables; no pueden existir el uno sin el otro. La prueba más sencilla de la autenticidad del Cristianismo de una persona o iglesia es si las hace amar a sus semejantes o no.

(iv) Pedro coloca en cuarto lugar *la compasión*. En cierto sentido la piedad corre peligro de ser una virtud del pasado. Las actuales condiciones de vida tienden a dejar roma la sensibilidad de la mente a la piedad. Como dice C. E. B. Cranfield: «Nos acostumbramos a escuchar por la radio la incursión de

mil bombarderos mientras desayunábamos. Nos acostumbramos a la idea de que millones de personas se convierten en refugiados.» Podemos leer las cifras de los accidentes de tráfico sin inmutarnos, aunque sabemos que quieren decir cuerpos y corazones destrozados. Es fácil perder el sentimiento de piedad, y aún más fácil darse por satisfecho con la sensiblería de un momento de dolor cómodo que no conduce a hacer nada. La piedad es de la misma esencia de Dios, y la compasión, de la de Jesucristo; una piedad tan grande que Dios envió a Su único Hijo a morir por nosotros, una compasión tan intensa que llevó a Cristo a la Cruz. No puede haber Cristianismo sin compasión.

(v) En quinto lugar coloca Pedro *la humildad*. La humildad cristiana viene de dos cosas. Viene, en primer lugar, del sentimiento de criaturidad. El cristiano es humilde porque es consciente constantemente de su total dependencia de Dios, y de que por sí no puede hacer absolutamente nada. Viene, en segundo lugar, del hecho de que el cristiano tiene un nuevo nivel de comparación. Puede ser que cuando se compare con sus semejantes no salga perdiendo en la comparación. Pero el nivel de comparación del cristiano es Cristo; y, comparado con Su impecable perfección, siempre está en deuda. Cuando el cristiano recuerda su dependencia de Dios, y mantiene ante sí el dechado de Cristo, no puede por menos de ser humilde.

(vi) Por último, como clímax, Pedro coloca *la capacidad de perdonar*. Es a recibir el perdón de Dios y a perdonar a sus semejantes a lo que es llamado el cristiano. Lo uno no puede existir sin lo otro; es sólo cuando les perdonamos a otros el mal que nos han hecho cuando Dios nos perdona los pecados que hemos cometido contra Él (*Mateo 6:12, 14, 15*). Lo característico del cristiano es que perdona a los demás como Dios le ha perdonado a él (*Efesios 4:32*).

Como tenía por costumbre, Pedro resume este tema citando la Sagrada Escritura; aquí el *Salmo 34*, que describe a la persona que Dios acepta y a la que Dios rechaza.

LA SEGURIDAD CRISTIANA EN UN MUNDO EN PELIGRO

1 Pedro 3:13-15a

¿Quién será el que os pueda hacer daño si amáis entrañablemente la bondad? Aun en el caso de que tengáis que sufrir por causa de la justicia, ¡felices vosotros! No les tengáis miedo; ni tampoco os inquietéis, sino dadle a Cristo en vuestro corazón el lugar supremo que Le pertenece.

En este pasaje podemos ver hasta qué punto estaba Pedro empapado del Antiguo Testamento; aquí hay dos pasajes fundamentales. No es tanto que los cite de hecho como que no habría podido escribir esta pasaje a menos que los hubiera tenido presentes en su mente. El primero es una reminiscencia de *Isaías 50:9*: «He aquí que el Señor Dios me ayudará; ¿quién puede haber que me condene?» Y también, cuando Pedro está hablando de desterrar el miedo, está pensando en *Isaías 8:13*: «Pero es al Señor de los ejércitos al que debéis considerar santo; a Él es al único Que debéis tener miedo, y tener como el objeto de vuestro temor.»

Hay tres grandes concepciones en este pasaje.

(i) Pedro empieza insistiendo en un amor entrañable a la bondad. Una persona puede tener más de una actitud ante la bondad. Puede ser para ella una carga, o un aburrimiento, o algo que desea vagamente pero cuyo precio no está dispuesta a pagar en términos de esfuerzo. La palabra que hemos traducido por *amar entrañablemente* es *zélótés*, que se traduce corrientemente por *celota*. Los celotas eran patriotas fanáticos que se juramentaban para usar todos los medios a su alcance para liberar al pueblo de Israel del poder extranjero. Estaban dispuestos a jugarse la vida, a sacrificar la tranquilidad y la comodidad, el hogar y a sus seres queridos por un amor apasionado a su país. Lo que Pedro está diciendo es: «Amad la

bondad con la intensidad apasionada con que aman a su país los más fanáticos patriotas.» John Seeley decía: < Un corazón no puede ser puro si no es apasionado; ni una virtud segura si no es entusiasta.» Sólo cuando uno se enamora de la bondad pierden su fascinación y su poder sobre él las cosas mundanas.

(ii) Pedro pasa a hablar de la actitud cristiana ante el sufrimiento. Ya se ha hecho notar suficientemente que estamos cercados por dos clases de sufrimiento. Está el sufrimiento al que estamos expuestos a causa de nuestra *humanidad*. Por ser personas, nos alcanza el sufrimiento físico, la muerte, la preocupación, la angustia de la mente y el cansancio y el dolor del cuerpo. Pero hay también un sufrimiento en el que nos vemos involucrados a causa de nuestro *Cristianismo*. Puede que sea la impopularidad, la persecución, el sacrificio por los principios y la elección deliberada del camino difícil, la disciplina y la brega necesarias de la vida cristiana. Sin embargo, la vida cristiana tiene una cierta bienaventuranza que la acompaña siempre. ¿Por qué razón?

(iii) La respuesta de Pedro es que el cristiano es una persona para quien Dios y Jesucristo son supremos en su vida; su relación con Dios en Cristo es lo de más valor en su vida. Si el corazón de una persona está anclado en cosas terrenales como las posesiones, la felicidad, el placer, la buena vida... es un ser lastimosamente vulnerable. Porque, tal como son las cosas, puede perderlas en cualquier momento. Tal persona sufre con la máxima facilidad. Por otra parte, el que Le da a Jesucristo el lugar único y exclusivo en su vida que Le pertenece, lo más precioso para él es su relación con Dios, y nada se la puede quitar. Por tanto, está completamente a salvo.

Así que, hasta en el sufrimiento es bendecido el cristiano. Cuando se está sufriendo por Cristo, se Le está mostrando fidelidad y se está participando de Su sufrimiento. Cuando el sufrimiento es parte de la condición humana, no puede privar al cristiano de las cosas más preciosas de la vida. Nadie puede evadir el sufrimiento; pero para el cristiano no puede tocar las cosas que le importan supremamente.

LA APOLOGÍA CRISTIANA

1 Pedro 3:15b-16

Estad siempre listos para presentar vuestra defensa ante cualquiera que os pida cuentas de la esperanza que hay en vuestra vida; pero hacedlo con cortesía y respeto. Que vuestra conciencia no os acuse de nada; para que, cuando os insulten, sean los mismos que os llenan de injurias los que se tengan que avergonzar.

En un mundo hostil y suspicaz era inevitable que se llamara al cristiano a defender la fe que confesaba y la esperanza por la que vivía. Aquí Pedro tiene ciertas cosas que decir acerca de la defensa cristiana.

(i) Debe ser *razonable*. Es un *logos* que el cristiano debe dar, y un *logos* es una afirmación razonable e inteligente de su posición. Un griego culto creía que era la señal de un hombre inteligente el poder dar y recibir un *logos* acerca de sus acciones y creencias. Como dice Bigg, se esperaba «que fuera capaz de discutir inteligente y templadamente cuestiones de conducta.» Para hacerlo tenemos que saber lo que creemos; tenemos que haberlo pensado a fondo; tenemos que ser capaces de exponerlo inteligente e inteligiblemente. Nuestra fe debe ser un descubrimiento de primera mano y no una historia de segunda mano. Una de las tragedias de la situación moderna es que hay muchos miembros de iglesia que, si se les preguntara lo que creen, no podrían decirlo, y que, si se les preguntara por qué lo creen, estarían igualmente en blanco. El cristiano tiene que pasar la labor mental y espiritual de pensar a fondo su fe para poder decir lo que cree y por qué.

(ii) Debe hacer su defensa *con cortesía*. Hay muchas personas que exponen sus creencias con una especie de beligerancia arrogante. Su actitud es que el que no esté de acuerdo con ellos, o es tonto o es un canalla, y tratan de hacerles tragar sus creencias a los demás. La defensa del Cristianismo debe

presentarse con simpatía y con amor, y con esa sabia tolerancia que se da cuenta de que no se le concede a nadie poseer la verdad total. «Hay tantos caminos para llegar a las estrellas como personas dispuestas a escalarlos.» Se puede introducir a otros en la fe cristiana con amabilidad, pero no a lo bestia.

(iii) Debe hacer su defensa *con reverencia*. Es decir: cualquier argumento en el que esté implicado el cristiano debe llevarlo a cabo en un tono que Dios se pueda complacer de escuchar. No hay debates tan belicosos como los teológicos; no hay diferencias que causen tanta amargura como las diferencias religiosas. En cualquier presentación del Cristianismo y en cualquier argumento en defensa de la fe cristiana no debe faltar el acento del amor.

(iv) El único argumento convincente es el de la vida cristiana. Actúe cada uno de tal manera que tenga limpia la conciencia. Oponga a las críticas una vida que no esté expuesta a ellas. Tal conducta hará callar la calumnia y desarmará la crítica. «Un santo -como ha dicho alguien- es alguien cuya vida le hace más fácil a los demás creer en Dios.»

LA OBRA SALVÍFICA DE CRISTO

1 Pedro 3:17 - 4:6

Más vale sufrir por hacer el bien, si es esa la voluntad de Dios, que por hacer el mal. Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Padió la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca; en la que unos pocos -es decir, ocho personas- alcanzaron la salvación por medio del agua. Y es el agua lo que

*ahora os salva a los **que representaban simbólicamente** Noé y su compañía; quiero decir el agua del Bautismo, que no consiste en lavar la suciedad del cuerpo, sino en el compromiso con Dios de mantener una buena conciencia mediante la Resurrección de Jesucristo, Que está a la diestra de Dios, porque fue al Cielo después que se Le sometieron los ángeles, las autoridades y los poderes.*

Así que, de la misma manera que Cristo sufrió en Su naturaleza humana, vosotros también debéis estar pertrechados con la misma convicción de que el que ha sufrido en su propia carne ha terminado para siempre con el pecado, y en consecuencia su propósito es vivir lo que le quede de vida en la carne, no ya para obedecer a las pasiones humanas, sino a la voluntad de Dios. Porque ya es bastante que hayáis vivido como los paganos en el pasado, una vida de desmadre, lujuria, borracheras, juergas, jaranas e idolatría abominable. A la gente les extraña que ya no corráis a reunirlos con ellos en la misma inundación de vicio, y se burlan de vosotros por no hacerlo. Pero ellos tendrán que dar cuenta al Que está dispuesto para juzgar a los que sigan vivos y a los que ya hayan muerto. Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Este no es sólo uno de los pasajes más difíciles de la *Primera de Pedro*, sino de todo el Nuevo Testamento; y además es también la base de uno de los artículos más difíciles del Credo: «Descendió a los infiernos.» Por tanto, es mejor leerlo todo seguido en un principio, y pasar luego a estudiarlo en varias secciones.

EL EJEMPLO DE LA OBRA DE CRISTO

1 Pedro 3:1718a

Más vale sufrir por hacer el bien, si es esa la voluntad de Dios, que por hacer el mal. Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

Aunque este pasaje es uno de los más difíciles del Nuevo Testamento, empieza con algo que todos podemos comprender. Lo que Pedro presenta es que, aun cuando el cristiano se vea obligado a sufrir injustamente por su fe, no está haciendo más que recorrer el camino que anduvo su Señor y Salvador. El cristiano que sufre debe siempre recordar que tiene un Señor que sufre. En el reducido espacio de estos dos versículos Pedro incluye las cosas más profundas que se pueden decir acerca de la obra de Cristo.

(i) Establece que la obra de Cristo fue *única* y no se puede repetir. Cristo murió *una vez por todas* por los pecados. El Nuevo Testamento dice esto a menudo. Cuando Cristo murió, murió una vez por todas (*Romanos 6:10*). Los sacrificios del templo tenían que repetirse diariamente, pero Cristo hizo el perfecto Sacrificio una vez por todas cuando Se ofreció a Sí mismo (*Hebreos 7:27*). Cristo fue ofrecido una vez por todas para llevar el pecado de muchos (*Hebreos 9:28*). Somos santificados por medio de la ofrenda del cuerpo de Cristo una vez por todas (*Hebreos 10:10*). El Nuevo Testamento está totalmente seguro de que algo sucedió en la cruz que no ha de suceder nunca más, y que allí el pecado fue derrotado definitivamente. Dios trató en la cruz con el pecado humano de manera adecuada para todos los pecados, para todos los hombres, para todos los tiempos.

(ii) Establece que el Sacrificio fue *por el pecado*. Cristo murió una vez por todas *por los pecados*. Esto, de nuevo, se dice frecuentemente en el Nuevo Testamento. Cristo murió por

nuestros pecados conforme a las escrituras(*Corintios 15:3*). Cristo Se dio a Sí mismo por nuestros pecados (*Gálatas 1:4*). El ministerio del sumo sacerdote, y Cristo es el perfecto Sumo Sacerdote, es ofrecer sacrificio por los pecados (*Hebreos 5:1,3*). *Él* es la expiación por nuestros pecados (*1 Juan 2:2*).

En griego, *por los pecados* es o *hyper* o *peri hamartión*. Resulta que en la traducción griega del Antiguo Testamento la frase regular para *una ofrenda por el pecado* es *peri hamartías* (*Hamartías* es el singular de *hamartión*), como, por ejemplo, en *Levítico 5:7* y *6:30*. Es decir: Pedro afirma que la muerte de Cristo es el Sacrificio que expía el pecado de la humanidad.

Podría decirse que el pecado es lo que interrumpe la relación que debería existir entre Dios y la humanidad. La finalidad del sacrificio es restaurar la relación perdida. La muerte de Cristo en la Cruz, comoquiera que la expliquemos, basta para restaurar la relación perdida entre Dios y la humanidad.

Puede que nunca lleguemos a estar totalmente de acuerdo con todas las teorías acerca de lo que sucedió realmente en la Cruz; porque, desde luego, como dice Charles Wesley en uno de sus himnos: «¡Todo es un misterio!» Pero en una cosa podemos estar todos de acuerdo: Gracias a lo que sucedió allí podemos entrar en una nueva relación con Dios.

(iii) Afirma que el Sacrificio fue *vicario*. Cristo murió una vez por todas por los pecados, *el Justo por los injustos*. Que el Justo hubiera de sufrir por los injustos es algo extraordinario. A primera vista parece una injusticia. Como dice Edwin H. Robinson: «Solamente un perdón sin razón puede compensar un pecado sin excusa.» El sufrimiento de Cristo fue por nosotros; y el misterio consiste en que el Que no merecía sufrir soportó el sufrimiento por nosotros que merecíamos sufrir. Él Se sacrificó a Sí mismo para restablecer nuestra perdida relación con Dios.

(iv) Establece que la obra de Cristo fue *para llevarnos a Dios*. Cristo murió una vez por todas por los pecados, el Justo por los injustos, *para llevarnos a Dios*. La palabra para *para llevarnos* es *prosáquein*. Tiene dos trasfondos vívidos.

(a) Tiene un trasfondo judío. Se usaba en el Antiguo Testamento de llevar a Dios a los que habían de ser sacerdotes. Era la norma divina: < llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del tabernáculo de la reunión» (Éxodo 29:4). La lección es: Como lo entendían los judíos, solamente los sacerdotes tenían el derecho de acceder a Dios. En el templo, los laicos podían llegar hasta cierto punto; podían pasar por el atrio de los Gentiles, el de las Mujeres y el de los Israelitas, pero allí se tenían que parar. No podían entrar en el atrio de los Sacerdotes, a la presencia más íntima de Dios; y de los sacerdotes, sólo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo. Pero Jesucristo nos lleva a Dios; abre el acceso a la más íntima Presencia para todos.

(b) Tiene un trasfondo griego. En el Nuevo Testamento se usa tres veces el nombre correspondiente *prosagógué*. *Proságuéin* quiere decir *introducir*; *prosagógué* quiere decir el derecho de *acceso*, el resultado de *introducir*. Por medio de Cristo tenemos *acceso* a la gracia (Romanos 5:2). Por medio de Él tenemos *acceso* a Dios el Padre (Efesios 2:18). Por medio de Él tenemos seguridad y acceso y *confianza* para venir a Dios (Efesios 3:12). En griego esto tenía un sentido especializado. En el salón de los reyes, había un oficial llamado el *prosagógueus*, el *introductor*, el que *permite el acceso*, cuya función era decidir quién podía ser admitido a la presencia del rey y quién no. Como si dijéramos, tenía la llave de acceso. Es Jesucristo, en virtud de su obra, Quien nos permite acceder a Dios.

(v) Cuando pasemos estos dos versículos y nos adentremos en el pasaje, podremos añadir dos grandes verdades más a lo que Pedro nos dice acerca de la obra de Cristo. En 3:19 dice que Jesús predicó a los espíritus en prisión; y en 4:6 dice que el Evangelio fue predicado a los que ya estaban muertos. Como pasaremos a ver, lo más probable es que esto quiera decir que entre Su muerte y Su Resurrección Jesús predicó el Evangelio en la morada de los muertos; es decir, a los que no habían tenido oportunidad de oírlo en vida. Aquí hay un pensamiento

tremendo. Quiere decir que la obra de Cristo es infinita en su aplicación. Quiere decir que ninguna persona que haya vivido nunca está fuera de la Gracia de Dios.

(vi) Pedro ve la obra de Cristo en términos de *un triunfo completo*. Dice que después de Su Resurrección Jesús entró en el cielo y está a la diestra de Dios, y que los ángeles, las autoridades y los poderes se Le han sometido (3:22). Lo que quiere decir que no hay nada ni en la Tierra ni en el Cielo fuera del imperio de Cristo. Para todas las personas trajo una nueva relación con Dios; en Su muerte aun llevó la Buena Noticia a los muertos; en Su Resurrección conquistó la muerte; hasta los poderes angélicos y demoníacos Le están sujetos; y comparte el mismo poder y trono de Dios. Cristo, el Que sufrió, ha llegado a ser Cristo, el Que venció; Cristo el Crucificado ha llegado a ser Cristo el Coronado.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (1)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6

Padeció la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca... Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Ya hemos dicho que nos encontramos de cara aquí con uno de los pasajes más difíciles, no sólo de la *Primera de Pedro*, sino de todo el Nuevo Testamento; y si hemos de captar su significado, debemos seguir el consejo del mismo Pedro y ceñirnos bien los lomos del entendimiento para estudiarlo.

Este pasaje está alojado en el Credo en la frase «descendió a los infiernos.» En primer lugar debemos advertir que esta frase es muy confusa. La idea del Nuevo Testamento no es que Jesús descendió al *infierno*, sino que descendió al *hades*. *Hechos 2:27*, como todas las traducciones modernas muestran correctamente, debe traducirse, no: «No dejarás mi alma en el infierno,» como decía la antigua versión Reina-Valera, sino: «No dejarás mi alma en el Hades,» como corrigió la revisión de 1960. La diferencia es ésta: el infierno es el lugar de castigo de los malvados; el hades era el lugar donde estaban todos los muertos.

Los judíos tenían una concepción muy sombría de la vida más allá de la tumba. No pensaban en términos de Cielo e infierno, sino del mundo de las sombras en el que los espíritus de los seres humanos que ya habían muerto se movían como fantasmas grises en una penumbra perdurable y donde no había ni fuerza ni alegría. Tal era el hades al que los espíritus de todas las personas iban después de la muerte. Isaías escribe: «Porque el Seol no Te exaltará, ni Te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperaran Tu verdad» (*Isaías 38:18*). El salmista escribió: «Porque en la muerte no hay memoria de Ti; en el Seol, ¿quién Te alabará? (*Salmo 6:5*). «¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu verdad?» (*Salmo 30:9*). «¿Manifstarás Tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro Tu misericordia, o Tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus maravillas y Tu justicia en la tierra del olvido?» (*Salmo 88:10-12*). «No alabarán los muertos al Señor, ni cuantos descienden al silencio» (*Salmo 115:17*) «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría» (*Eclesiastés 9:10*). La concepción judía del mundo más allá de la muerte era este mundo gris de sombras y de olvido, en el que las personas estaban separadas de la vida y de la luz y de Dios.

Conforme fue pasando el tiempo surgió la idea de etapas y divisiones en esa tierra de las sombras. Para algunos, duraría para siempre; para otros, era una especie de prisión en la que se estaría hasta que el juicio final de la ira de Dios los desintegrara (*Isaías 24: 21 s*; *2 Pedro 2:4*; *Apocalipsis 20:1-7*). Así que debe recordarse en primer lugar que todo este tema se refiere, no al infierno, tal como entendemos esta palabra, sino que Cristo fue a los muertos que estaban en su mundo tenebroso.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (2)

1 Pedro 3:14-20; 4:6 (continuación)

Esta doctrina del descenso a los infiernos, como la llamaremos desde ahora, se base en dos frases del presente pasaje. Dice que Jesús fue y predicó a los espíritus que estaban en prisión (3:19); y habla de que el Evangelio les fue predicado a los muertos (4:6). En relación con esta doctrina siempre ha habido actitudes divergentes entre los pensadores.

(i) Hay algunos que querían eliminarla totalmente. Es la actitud de *la eliminación*. Algunos quieren eliminarla totalmente y proponen hacerlo de dos maneras.

(a) Pedro dice que en el Espíritu, Cristo predicó a los espíritus en prisión, que habían sido desobedientes en el tiempo en que la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé, cuando se estaba construyendo el arca. Se sugiere que lo que esto quiere decir es que fue *en tiempos del mismo Noé* cuando Cristo hizo esta predicación; que en el Espíritu, largas edades antes de ésta, hizo su llamada a los malvados de tiempos de Noé. Esto quitaría de en medio totalmente la idea del descenso al hades. Muchos grandes investigadores han aceptado este punto de vista; pero no creemos que es el que sugieren naturalmente las palabras de Pedro.

(b) Si miramos la traducción de Moffatt nos encontramos con algo totalmente diferente. Traduce: « En la carne Él (Cristo)

recibió la muerte, pero vino a la vida en el Espíritu. Fue en el Espíritu como Enoc también fue a predicar a los espíritus prisioneros que habían desobedecido en el tiempo cuando la paciencia de Dios se contuvo durante la construcción del arca en los días de Noé.» ¿Cómo llega Moffatt a esta traducción? El nombre de Enoc no aparece en ningún manuscrito griego. Pero al considerar el texto de cualquier autor griego, los investigadores a veces usan un proceso que se llama *enmendar*. Creen que se ha introducido alguna incorrección en el texto tal como lo encontramos, que algún escriba tal vez se equivocó al copiarlo; y por tanto ellos sugieren que habría que cambiar o añadir alguna palabra. Rendel Harris sugirió en este pasaje que faltaba la palabra *Enoc* en las copias de *Primera de Pedro* y debería restaurarse.

(Aunque esto es meternos en el griego, puede que algunos lectores tengan interés en saber cómo llegó Rendel Harris a esta famosa enmienda. En la línea superior transcribimos en cursiva el griego del pasaje, y ponemos debajo la traducción literal al español:

thanatótheis men sarki zóopoiétheis
habiendo sido matado en la carne habiendo sido levantado a la vida

de pneumati en hó kai tois en fylaké pneumasi
en el Espíritu en el cual también a los en prisión espíritus

poreutheis ekéryxen
habiendo ido predicó.

(*Men y de* son lo que se llama partículas; no se traducen, meramente marcan el contraste entre *sarki* y *pneumati*). La sugerencia de Rendel Harris fue que se había omitido la palabra *Enój* entre *kai* y *tois*. Su explicación era que, como la copia de los manuscritos se solía hacer al dictado, los escribas estaban expuestos a perderse palabras que fueran en sucesión si sonaban de una manera parecida. En este pasaje

en hó kai y Enój

sonaban casi igual, y Rendel Harris pensó que era muy probable que *Enój* se omitiera equivocadamente por esa razón).

¿Qué razones hay para suponer que se mencionaba a Enoc en este pasaje? Siempre había sido una figura fascinante y misteriosa. < Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (*Génesis 5:24*). Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgieron muchas leyendas sobre Enoc, y se escribieron libros famosos e importantes en su nombre. Una de las leyendas era que Enoc, aunque era un hombre, actuó como < enviado de Dios» a los ángeles que pecaron al venir a la Tierra y seducir lascivamente a las mujeres mortales (*Génesis 6:2*). En el *Libro de Enoc* se dice que fue enviado desde el Cielo a esos ángeles para anunciarles su condenación (*Enoc 12:1*) y que proclamó que para los hombres, a causa de su pecado, nunca habría paz ni perdón (*Enoc 12 y 13*).

Así que, según la leyenda judía, Enoc fue al hades a predicar condenación a los ángeles caídos; y Rendel Harris pensó que este pasaje se refería, no a Jesús, sino a Enoc; y Moffatt estaba lo suficientemente de acuerdo con él como para introducir a Enoc en su traducción. Es una sugerencia sumamente interesante e ingeniosa, pero no cabe duda que hay que rechazarla. No la sostiene ninguna evidencia; y no es natural introducir a Enoc, porque de lo que se trata es de la obra de Cristo.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (3)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6 (continuación)

Ya hemos visto que el intento de aplicar la *eliminación* a este pasaje no tiene un resultado satisfactorio.

(ii) La segunda actitud es la de *la limitación*. Esta actitud -que, por cierto, es la que adoptan algunos grandes intérpretes del Nuevo Testamento- cree de veras que Pedro está diciendo que Jesús fue al hades y predicó; pero no a todos los habitantes del hades ni mucho menos. Los diferentes intérpretes limitan aquella predicación de diferentes maneras.

(a) Se mantiene que Jesús predicó en el hades *solamente* a los espíritus de las personas que fueron desobedientes en los días de Noé. Los que mantienen este punto de vista llegan a menudo a discutir que, puesto que esos pecadores fueron tan desobedientes que Dios acabó por mandar el diluvio y destruirlos (*Génesis 6:12s*), podemos creer que nadie está totalmente fuera de la misericordia de Dios. Eran los peores de todos los pecadores; y, sin embargo, se les dio una nueva oportunidad para arrepentirse; por tanto, las peores personas siguen teniendo una oportunidad en Cristo.

(b) Se mantiene que Jesús predicó a los ángeles caídos; pero les predicó, no la Salvación, sino la terrible condenación final. Ya hemos mencionado a esos ángeles. Su historia se nos relata en *Génesis 6:1-8*. Fueron tentados por la belleza de las mujeres mortales; vinieron a la Tierra, las sedujeron y les engendraron hijos; y a causa de su acción, se infiere, la maldad humana llegó al colmo, y sus pensamientos eran siempre malos. *2 Pedro 2:4* habla de estos ángeles pecadores que están presos en el infierno esperando el juicio. De hecho, fue a ellos a los que predicó Enoc; y algunos piensan que lo que quiere decir este pasaje no es que Cristo predicó la misericordia y una segunda oportunidad, sino que, en señal de Su triunfo definitivo, predicó la terrible condenación de aquellos ángeles que habían pecado.

(c) Se mantiene que Cristo predicó *solamente* a los que habían sido íntegros, y que los condujo del hades al Paraíso de Dios. Ya hemos visto que los judíos creían que todos los muertos iban al hades, la sombría tierra del olvido. Se mantiene que *antes* de Cristo era esa la situación; pero Él le abrió las puertas del Paraíso a la humanidad; y, al hacerlo, fue al hades y les dio la buena noticia a todos los justos de todas las generaciones pasadas y los sacó de allí y Se los llevó a Dios. Este es un cuadro maravilloso. Los que mantienen este punto de vista suelen pasar a decir que, gracias a Cristo, ya no hay que pasar tiempo en las sombras del hades, y está abierto el camino al Paraíso tan pronto como se sale de este mundo.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (4)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6 (conclusión)

(iii) Algunos aceptan que lo que Pedro está diciendo es que Jesucristo, entre Su muerte y Resurrección, fue al mundo de los muertos y predicó allí el Evangelio. Pedro dice que Jesucristo fue matado en la carne pero levantado a la vida en el Espíritu, y que fue en el Espíritu como también predicó. El sentido es que Jesús vivió en un cuerpo humano y estuvo bajo todas las limitaciones de tiempo y espacio en los días de Su carne; y murió con el cuerpo destrozado y sangrando en la Cruz. Pero cuando resucitó, surgió con un cuerpo espiritual, en el que estaba libre de las debilidades necesarias de la humanidad y liberado de las necesarias limitaciones de tiempo y espacio. Fue en esta condición espiritual de perfecta libertad como realizó la predicación a los muertos.

Como se suele formular esta doctrina, se usan categorías que están anticuadas. Se habla de *descender* al hades, y la misma palabra *descender* sugiere un universo de tres pisos en el que el Cielo está localizado por encima de la atmósfera y el hades debajo de la tierra. Pero, dejando a un lado las categorías físicas de esta doctrina, podemos encontrar en ella verdades que son eternamente válidas y preciosas, tres en particular.

(a) Si Cristo descendió al hades, entonces Su muerte no fue una ficción. No se puede explicar en términos de un desmayo en la Cruz ni nada parecido. Jesús realmente experimentó la muerte y resucitó. Mirándola sencillamente, la doctrina del descenso al hades subraya la total identificación de Cristo con nuestra condición humana, hasta la muerte.

(b) Si Cristo descendió al hades, esto quiere decir que Su triunfo es universal. Esta, de hecho, es una verdad inseparable del Nuevo Testamento. Era el sueño de Pablo que al nombre de Jesús se doblaría toda rodilla, de las cosas del Cielo, y de las de la Tierra y de las de debajo de la tierra (*Filipenses 2:10*).

En el *Apocalipsis* el himno de alabanza viene de todas las criaturas que están en el Cielo, y en la Tierra y debajo de la tierra (*Apocalipsis 5:13*). El Que ascendió al Cielo es el Que antes había descendido a las partes más bajas de la tierra (*Efesios 4:9s*). La total sumisión del universo a Cristo está entretejida en todo el pensamiento del Nuevo Testamento.

(c) Si Cristo descendió al hades y predicó allí, no hay rincón del universo al que no haya llegado el Mensaje de Gracia. En este pasaje tenemos la solución de uno de los interrogantes inquietantes que suscita la fe cristiana: ¿Qué les sucederá a los que vivieron antes de Jesucristo y a aquellos a los que nunca alcanzó el Evangelio? No puede haber salvación sin arrepentimiento; pero, ¿cómo pueden arrepentirse los que nunca se han visto confrontados con el amor y la santidad de Dios? Si no hay otro nombre por el que la humanidad pueda salvarse, ¿qué les sucederá a los que nunca lo han oído? Esta es la verdad a la que se aferraba Justino Mártir hace mucho tiempo: < El Señor, el santo Dios de Israel, se acordó de Sus muertos, los que estaban durmiendo dentro de la tierra, y descendió a ellos para proclamarles la Buena Nueva de Salvación. » La doctrina del descenso al hades conserva la preciosa verdad de que ninguna persona que haya vivido nunca ha quedado excluida al ofrecimiento de la Salvación de Dios.

Muchos, al repetir el Credo, han encontrado la frase < Descendió a los infiernos » o sin sentido o alucinante, y han llegado a la conclusión tácitamente de dejarla de lado y olvidarla. Podría ser que debiéramos pensar en ello como un cuadro pintado en términos poéticos más bien que como una doctrina expresada en términos teológicos. Pero contiene estas tres grandes verdades: Que Jesucristo no sólo probó la muerte y apuró su copa hasta las heces, sino que el triunfo de Cristo es universal y no hay rincón del universo que no haya alcanzado la Gracia de Dios.

EL BAUTISMO DEL CRISTIANO

1 Pedro 3:18-22

Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Padeció la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca; en la que unos pocos -es decir, ocho personas- alcanzaron la salvación por medio del agua. Y es el agua lo que ahora os salva a los que representaban simbólicamente Noé y su compañía; quiero decir el agua del Bautismo, que no consiste en lavar la suciedad del cuerpo, sino en el compromiso con Dios de mantener una buena conciencia mediante la Resurrección de Jesucristo, Que está a la diestra de Dios, porque fue al Cielo después que se Le sometieron los ángeles, las autoridades y los poderes.

Pedro ha estado hablando acerca de los malvados que fueron desobedientes y corruptos en los días de Noé, que fueron finalmente destruidos. Pero en la destrucción por el diluvio, ocho personas -Noé y su mujer, sus hijos Sem, Cam y Jafet y sus mujeres- salieron sanos y salvos del arca. Inmediatamente, la idea de *salir sanos y salvos del agua* hace volver el pensamiento de Pedro al Bautismo cristiano, que es también quedar a salvo por medio del agua. Lo que Pedro dice literalmente es que el Bautismo es el *antitipo* de Noé y su gente en el arca.

Esta palabra nos introduce en una manera especial de considerar el Antiguo Testamento. Hay dos palabras íntimamente relacionadas. Está el *typos*, tipo, que quiere decir un *sello*, y está el *antitypos*, antitipo, que quiere decir la *impresión del*

sello. Está claro que entre el sello y su impresión existe la más íntima correspondencia posible. Así es que hay personas y acontecimientos y costumbres en el Antiguo Testamento que son tipos, y que se corresponden con sus antítipos en el Nuevo Testamento. El acontecimiento o la persona del Antiguo Testamento son como el sello; el acontecimiento o persona del Nuevo Testamento son como la impresión; los dos se corresponden. Podríamos expresarlo diciendo que el acontecimiento del Antiguo Testamento representa y anuncia simbólicamente el acontecimiento del Nuevo Testamento. La ciencia de descubrir tipos y antítipos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento está muy desarrollada. Pero, para tomar ejemplos muy sencillos y obvios, el cordero pascual y el chivo expiatorio que llevaban los pecados del pueblo, son tipos de Jesús; y el ministerio del sumo sacerdote al hacer sacrificio por los pecados del pueblo es un tipo de Su obra salvífica. Aquí Pedro ve el quedar sanos y salvos por medio de las aguas de Noé y su familia como un tipo del Bautismo.

En este pasaje Pedro tiene tres grandes cosas que decir acerca del Bautismo. Hay que tener presente que en esta etapa de la historia de la Iglesia se trataba del bautismo de adultos, de personas que habían llegado al Cristianismo del paganismo y que estaban asumiendo una nueva clase de vida.

(i) El Bautismo no es meramente una limpieza física; es una limpieza espiritual de todo el corazón y alma y vida. Sus efectos deben estar en la misma alma de la persona y en la totalidad de su vida.

(ii) Pedro llama al Bautismo *el compromiso de una buena conciencia para con Dios* (versículo 21). La palabra que usa Pedro para compromiso es *eperótéma*. En cualquier contrato había una pregunta y una respuesta que hacían que el contrato fuera en firme. La pregunta era: «¿Aceptas los términos de este contrato y te comprometes a cumplirlos?» Y la respuesta, ante testigos era: «Sí.» Sin esa pregunta y respuesta el contrato no era válido. El término técnico para esa pregunta y respuesta era *eperótéma* en griego, *stipulatio* en latín.

Pedro está diciendo en realidad que en el bautismo Dios le preguntaba a la persona que llegaba al Cristianismo directamente del paganismo: «¿Aceptas los términos de Mi servicio? ¿Aceptas sus privilegios y promesas, y asumes sus responsabilidades y demandas?» Y en el acto del bautismo, el candidato respondía: «Sí.»

Solemos usar la palabra *sacramento*. La palabra *sacramento* procede del latín *sacramentum*, que era el *juramento de fidelidad del soldado* al entrar en el ejército. Aquí tenemos básicamente el mismo cuadro. No podemos aplicar muy bien esta pregunta y respuesta en el caso del bautismo infantil, a menos que sea a los padres; pero, como hemos dicho, el bautismo en la Iglesia original era de hombres y mujeres adultos que venían a la Iglesia espontáneamente del paganismo. El paralelo moderno es la entrada en la iglesia con plena membresía. Cuando lo hacemos Dios nos pregunta: «¿Aceptas las condiciones de Mi servicio, con todos sus privilegios y responsabilidades, con todas sus promesas y demandas?» Y respondemos: «Sí.» Estaría bien que todos entendiéramos claramente lo que estamos haciendo cuando asumimos la membresía de la iglesia.

(iii) Toda la idea y la eficacia del bautismo depende de la Resurrección de Jesucristo. Es la Gracia del Señor Resucitado lo que nos limpia; Es al Señor Resucitado y Vivo al que nos comprometemos; es al Señor Resucitado y Vivo al que pedimos fuerzas para cumplir la promesa que Le hacemos. Una vez más, cuando se trata del bautismo infantil, debemos tomar estas grandes concepciones y aplicarlas al momento en que se entra en la plena membresía de la iglesia.

LA OBLIGACIÓN DEL CRISTIANO

1 Pedro 4:1-5

Así que, de la misma manera que Cristo sufrió en Su naturaleza humana, vosotros también debéis estar

perrechados con la misma convicción de que el que ha sufrido en su propia carne ha terminado para siempre con el pecado, y en consecuencia su propósito es vivir lo que le quede de vida en la carne, no ya para obedecer, a las pasiones humanas, sino a la voluntad de Dios] Porque ya es bastante que hayáis vivido como los paz, ganos en el pasado, una vida de desmadre, lujuria, borracheras, juergas, jaranas e idolatría abominable. A la gente les extraña que ya no corráis a reuniros con ellos en la misma inundación de vicio, y se burlan de vosotros por no hacerlo. Pero ellos tendrán que dar cuenta al Que está dispuesto para juzgara los que sigan vivos y a los que ya hayan muerto.

El cristiano se compromete a abandonar los caminos del paganismo y a vivir como Dios quiere que viva.

Pedro dice: « El que ha sufrido en la carne ha terminado con el pecado.» ¿Qué quiere decir exactamente eso? Hay tres posibilidades diferentes.

(i) Hay una línea firme en el pensamiento judío de que el sufrimiento es en sí un gran purificador. En el *Apocalipsis de Baruc* el escritor, hablando de las experiencias del pueblo de Israel dice: «Así que, entonces, fueron castigados para ser santificados» (13:10). Con referencia a la purificación de los espíritus humanos, *Enoc* dice: «Y conforme el ardor de su cuerpo se vaya haciendo más severo, un cambio correspondiente tendrá lugar en su espíritu para siempre jamás; porque delante del Señor de los espíritus ninguno podrá proferir una palabra mentirosa» (67:9). Los sufrimientos terribles de aquel tiempo se describen en *2 Macabeos*, y su autor dice: «Ruego a todos los que lean este libro que no se desanimen, atemoricen o vacilen por estas calamidades, sino que juzguen estos castigos, no para su destrucción, sino para la purificación de nuestra nación. Porque es una señal de Su gran bondad, cuando a los malhechores no se les permite proseguir en sus caminos por largo tiempo, sino son castigados pronto. Porque no como

con las otras naciones, a las que el Señor espera pacientemente para castigar hasta que llegue el Día del Juicio y lleguen a la plenitud de sus pecados; así nos trata Él, no sea que, habiendo llegado al colmo del pecado, seguidamente tomara venganza de nosotros. Y aunque Él castigue a los pecadores con adversidad, sin embargo nunca olvida a Su pueblo» (6:12-16). La idea es que el sufrimiento santifica y que el no ser castigado es el mayor castigo que Dios puede imponer a nadie. «Bienaventurado el hombre a quien Tú, Señor, corriges,» dijo el salmista (*Salmo* 94:12). « He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga,» dijo Elifaz (*Job* 5:17). «Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (*Hebreos* 12:6).

Si esta es la idea, quiere decir que el que ha sido disciplinado por el sufrimiento se ha curado del pecado. Ese es un gran pensamiento. Nos permite, como dijo Browning, «recibir con agrado toda adversidad que suaviza lo áspero de la tierra.» Nos permite dar gracias a Dios por las experiencias que hieren pero salvan el alma. Pero, aunque éste es un gran pensamiento no es estrictamente pertinente aquí.

(ii) Bigg cree que Pedro está hablando en términos de la experiencia que tuvo su pueblo de sufrir por la fe cristiana. Lo expresa como sigue: « El que ha sufrido en humildad y en temor, el que ha soportado todo lo que la persecución puede producirle antes que asociarse con los malos caminos, se puede confiar que obrará íntegramente; es manifiesto que la tentación no tiene poder sobre él.» La idea es que, si una persona ha soportado la persecución y no ha negado el nombre de Cristo, ha salido por la otra orilla con un carácter tan probado y una fe tan fortalecida que la tentación ya no le puede tocar más.

De nuevo encontramos aquí un gran pensamiento: el de que toda prueba y tentación nos viene para hacernos más fuertes y mejores. Toda tentación resistida nos hace más fácil resistir la siguiente; y cada tentación conquistada nos hace más capaces de vencer el siguiente ataque. Pero aquí también es dudoso que esta idea sea pertinente aquí.

(iii) La tercera explicación es muy probablemente la correcta. Pedro acaba de hablar del Bautismo. Ahora bien, el gran pasaje del Nuevo Testamento sobre el Bautismo es *Romanos 6*. En ese capítulo, Pablo dice que la experiencia del bautismo es como ser sepultados con Cristo en muerte, y resucitados con Él a novedad de vida. Creemos que esto es lo que está pensando Pedro aquí. Ha hablado del bautismo; y ahora dice: < El que en el bautismo ha compartido los sufrimientos y la muerte de Cristo, ha resucitado con Él a tal novedad de vida que el pecado ya no ejerce más dominio sobre él» (v. *Romanos 6:14*). De nuevo debemos tener presente que éste es el bautismo al que una persona viene voluntariamente del paganismo al Cristianismo. En ese acto del bautismo se identifica con Cristo; comparte sus sufrimientos y hasta su muerte; y comparte su vida de resurrección y poder y es, por tanto, vencedor del pecado.

Cuando ha sucedido esto, la persona le ha dicho adiós a su anterior manera de vivir. El gobierno del placer, el orgullo y la pasión ha desaparecido, y ha empezado el de Dios. Esto no era fácil de ninguna manera. Los anteriores compañeros se reírían de ese nuevo puritanismo que había entrado en su vida. Pero el cristiano sabe muy bien que el juicio de Dios vendrá, cuando se dará la vuelta a los juicios del mundo y los placeres que son eternos compensarán mil veces por los placeres transitorios que tuvo que abandonar en esta vida.

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

1 Pedro 4:6

Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Este pasaje tan difícil acaba con un versículo muy difícil. De nuevo nos encontramos la idea de que el Evangelio les fue predicado a los muertos. Por lo menos tres significados diferentes se han adscrito a los *muertos*. (i) Se ha tomado como refiriéndose a los *muertos en el pecado*, no los que están físicamente muertos. (ii) Se ha tomado como *los que mueran antes de la Segunda Venida de Cristo*; pero que oyeron el Evangelio antes de morir y no se perderán la gloria. (iii) Se ha tomado, sencillamente, por *todos los muertos*. No cabe la menor duda de que este tercer sentido es el correcto; Pedro acaba de hablar del descenso de Jesús al lugar de los muertos, y aquí vuelve a la idea de Cristo predicando a los muertos.

No se le ha encontrado nunca un sentido plenamente satisfactorio a este versículo; pero creemos que la mejor explicación es la siguiente. Para las personas mortales, la muerte es el castigo del pecado, como dijo Pablo: « Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombre, por cuanto todos pecaron» (*Romanos 5:12*). La muerte es ya en sí un juicio. Así que Pedro dice que todas las personas ya han sido juzgadas al morir; a pesar de eso, Cristo descendió al mundo de los muertos y predicó allí el Evangelio, dándoles otra oportunidad para vivir en el Espíritu de Dios.

De alguna manera éste es uno de los versículos más maravillosos de la Biblia; porque da una visión conmovedora del Evangelio de la segunda oportunidad.

EL FINAL INMINENTE

1 Pedro 4:7a

El final de todas las cosas se aproxima.

Aquí aparece una nota que suena con frecuencia en todo el Nuevo Testamento. Es el toque de diana de Pablo que ya es

hora de que nos despertemos del sueño, porque la noche está en las últimas y el día está al llegar (*Romanos 13:12*). < El Señor: está al llegar,» escribe a los filipenses (*Filipenses 4:5*). < La~ venida del Señor está al llegar,» escribe Santiago (*Santiago: 5:8*). Juan dice que los días en que estaban viviendo los suyos: era la última hora (1 *Juan 2:18*). «El tiempo está cerca,» dice Juan en el *Apocalipsis*, y oye testificar al Señor Resucitado: «No os quepa la menor duda de que voy a venir muy pronto; (*Apocalipsis 1:3; 22:20*).

Tales pasajes constituyen un problema para muchos; por-: que, si se toman literalmente, los autores del Nuevo Testamen-; to se equivocaron; ya han pasado mil novecientos y pico de años, y el fin no ha llegado todavía. Hay cuatro maneras de considerar estos pasajes.

(i) Podemos mantener que, de hecho, los autores del Nuevo. Testamento estaban equivocados. Esperaban la vuelta de Cristo y el fin del mundo en su tiempo y generación; y esos acontecimientos no tuvieron lugar. Lo curioso es que la Iglesia, Cristiana siguió manteniendo esas palabras, aunque no habría sido difícil suprimirlas discretamente de los documentos del Nuevo Testamento. No fue hasta avanzado el segundo siglo cuando empezó a dársele al Nuevo Testamento la forma en que lo tenemos hoy; y sin embargo, afirmaciones como estas llegaron a ser parte incuestionable de él. La única conclusión evidente es que los miembros de la Iglesia Primitiva seguían, creyendo que estas palabras eran ciertas.

(ii) Hay una línea firme de pensamiento en el Nuevo Testamento que, en efecto, mantiene que el fin *ha* llegado. La consumación de la Historia fue la venida de Jesucristo. Con Él, la eternidad invadió el tiempo. En Él, Dios entró en la situación humana. En Él se cumplieron las profecías. En Él ha llegado el fin. Pablo habla de sí mismo y de su gente como aquellos en los que se ha hecho realidad el fin de las edades (*1 Corintios 10:11*). Pedro, en su primer sermón, habla de la profecía de Joel acerca del derramamiento del Espíritu Santo y de todo lo que había de suceder en los últimos días, y

entonces dice que en ese mismo momento la humanidad estaba viviendo realmente en esos últimos días (*Hechos 2:16-21*).

Si lo aceptamos así, quiere decir que en Jesucristo ha llegado el final de la Historia. La batalla se ha ganado; no quedan más que escaramuzas con los últimos restos de la oposición: Quiere decir que en este mismo momento estamos viviendo en el tiempo del fin, lo que ha llamado alguien « el epílogo de la Historia.» Ese es un punto de vista bastante frecuente; pero el problema sigue desafiando los hechos. El mal es tan osado como siempre; el mundo sigue sin haber aceptado a Cristo como Rey. Puede que sea « el tiempo del fin,» pero la aurora parece tan distante como siempre.

(iii) Tal vez tengamos que interpretar *cerca* a la luz de la Historia como un proceso de casi inimaginable longitud. Se ha planteado de la siguiente manera. Supongamos que todo el tiempo se representa en una columna de la longitud del obelisco londinense que se conoce popularmente como « La Aguja de Cleopatra», en cuyo extremo colocáramos un sello de correos; pues bien, la longitud de la historia de la humanidad que conocemos estaría representada por el grueso del sello, y la parte del tiempo que la precedió, por la altura de la columna. Cuando pensamos en el tiempo en términos así, *cerca* se convierte en una palabra totalmente relativa. El salmista tenía toda la razón cuando dijo que a la vista de Dios mil años son como una de las vigiliadas de la noche (*Salmo 90:4*). En ese caso, *cerca* puede abarcar siglos, y ser sin embargo correcto. Pero es indudable que los autores bíblicos no usaron la palabra *cerca* en ese sentido, porque no tenían ese concepto de la «historia del tiempo.»

(iv) El hecho escueto es que detrás de esto se encuentra una verdad inescapable y sumamente personal. *Para cada uno de nosotros, el tiempo está cerca.* Lo único que podemos decir cada uno es que tenemos que morir. Para cada uno de nosotros el Señor está cerca. No podemos decir el día ni la hora cuando iremos a encontrarnos con Él; y por tanto, toda vida transcurre a la sombra de la eternidad.

< El tiempo del fin está cerca,» decía Pedro. Los primeros pensadores puede que se equivocaran si pensaban que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina, pero nos dejaron la advertencia de que, para cada uno de nosotros personalmente, el fin está cerca. Y esa advertencia es tan verdadera para nosotros como lo haya sido nunca.

VIVIR A LA SOMBRA DE LA ETERNIDAD

1 Pedro 4:7b-8

Así que manteneos firmes y sobrios de mente para poder orar realmente como debéis. Y, sobre todo, abrigaos mutuamente con un amor que sea constante e intenso, porque el amor oculta una multitud de pecados.

Cuando una persona se da cuenta de la proximidad de Jesucristo, está obligada a adoptar una cierta clase de vida. En vista de esa proximidad Pedro hace cuatro demandas.

(i) Dice que debemos estar firmes en nuestra mente. Podríamos traducirlo: «Mantened vuestra sensatez.» El verbo que utiliza Pedro es *sófronein*; relacionado con ese verbo está el nombre *sófrosyné*, que los griegos derivaban del verbo *sózein*, *mantenerse a salvo*, y el nombre *frónésis*, *la mente*. *Sófrosyné* es la sabiduría que caracteriza a una persona que es pre-eminentemente sana; y *sófronein* quiere decir *conservar la sensatez*. La gran característica de la sensatez es que ve las cosas en su propia perspectiva; ve qué cosas son importantes y cuáles no; no se deja arrebatar por un entusiasmo repentino y transitorio; no es propensa ni a un fanatismo desequilibrado ni a una indiferencia irrealista. Es sólo cuando vemos los asuntos terrenales a la luz de la eternidad cuando los vemos en su justa proporción; es cuando Le damos a Dios el lugar que Le corresponde cuando todo se coloca en su lugar adecuado.

(ii) Dice que debemos ser sobrios de mente. Podríamos traducirlo: < Mantened vuestra sobriedad.» El verbo que usa Pedro es *néfein*, que originalmente quería decir *ser sobrio* en contraposición a *estar borracho*, y luego llegó a querer decir *actuar sobria y sensatamente*. Esto no quiere decir que el cristiano tiene que perderse en una insensibilidad sombría; pero sí quiere decir que su planteamiento de la vida no debe ser frívolo e irresponsable. El tomar las cosas seriamente es darse cuenta de su verdadera importancia y el prestar atención a sus consecuencias en el tiempo y en la eternidad. Es enfrentarse con la vida, no como un juego, sino como un asunto serio del cual tendremos que dar cuenta.

(iii) Dice que debemos hacerlo así a fin de orar como debemos. Podríamos traducirlo: «Preservar vuestra vida de oración.» Cuando una persona tiene la mente desequilibrada y su planteamiento de la vida es frívolo e irresponsable, no puede orar como debe. Aprendemos a orar sólo cuando tomamos la vida tan sabiamente y tan en serio que empezamos a decir en todas las situaciones: «Hágase Tu voluntad.» La primera necesidad de la oración es el sincero deseo de descubrir la voluntad de Dios para nuestra vida.

(iv) Dice que debemos querernos con un amor constante e intenso. Podríamos traducirlo: «Conservad vuestro amor.» La palabra que Pedro usa para describir este amor es *ektenés* que tiene dos significados que hemos incluido en la traducción. Quiere decir *extenso* en el sentido de *consistente*; el nuestro debe ser el amor que nunca falla. También quiere decir que se estira como el corredor hacia la meta. Como C.E.B. Cranfield nos recuerda, describe un caballo a pleno galope y denota « el músculo tenso por el esfuerzo intenso y sostenido, como el de un atleta.» Nuestro amor debe ser vigoroso. Aquí tenemos una verdad cristiana fundamental. El amor cristiano no es una reacción fácilona y sensiblera. Demanda todo lo que tiene una persona de energía mental y espiritual. Quiere decir amar lo desamado y lo desamable; quiere decir amar a pesar del insulto y de la injuria; quiere decir amar cuando el amor no

se devuelve. Bengel traduce *ektenés* por la palabra latina *vehemens*, *vehemente*. El amor cristiano es el amor que nunca falla y al que se dirigen todos los átomos de la energía personal.

El cristiano, a la luz de la eternidad, debe conservar la sensatez, la sobriedad, las oraciones y el amor.

EL PODER DEL AMOR

1 Pedro 4:7b-8 (conclusión)

«El amor -dice Pedro- oculta una multitud de pecados.» Hay tres cosas que puede querer decir esta frase; y no tenemos necesidad de rechazar ninguna, porque están las tres aquí.

(i) Puede querer decir que *nuestro* amor puede pasar por alto muchos pecados. « El amor cubrirá todas las faltas,» dice el escritor de *Proverbios (10:12)*. Si amamos a una persona, nos es fácil perdonar. No es que el amor es ciego, sino que ama a la persona tal como es. Con amor resulta fácil tener paciencia. Es mucho más fácil tener paciencia con nuestros hijos que con los de los extraños. Si amamos de veras a nuestros semejantes, podemos aceptar sus faltas, y soportar su cortedad, y hasta su descortesía. Es verdad que el amor puede cubrir una multitud de pecados.

(ii) Puede querer decir que, si amamos a otros, Dios pasará por alto una multitud de pecados en nosotros. En la vida nos encontramos con dos clases de personas. Nos encontramos con algunos que no tienen faltas las que se pueda poner el dedo; son morales, ortodoxos, y supremamente respetables; pero son duros y austeros e incapaces de entender por qué otros hacen equivocaciones y caen en pecado. También nos encontramos con algunos que tienen toda clase de faltas; pero son amables y simpáticos, y rara vez o nunca condenan. Es con la segunda clase de personas con la que uno se siente naturalmente en simpatía; y con toda reverencia podemos decir que así pasa

con Dios. El perdonará mucho a la persona que ama a sus semejantes.

(iii) Puede querer decir que el amor *de Dios* cubre la multitud de nuestros pecados. Es bendita y profundamente cierto. Es la maravilla de la Gracia el que, pecadores como somos, Dios nos ama; por eso envió a Su Hijo.

LA RESPONSABILIDAD CRISTIANA

1 Pedro 4:9-10

Sed hospitalarios unos con otros sin echarlo en cara nunca. Conforme cada cual haya recibido un don de Dios, que todos los usen en el servicio de los demás como buenos administradores de la gracia de Dios.

La mente de Pedro está dominada en esta sección por la convicción de que el fin de todas las cosas está cerca. Es sumamente interesante y significativo notar que no usa esa convicción para exhortar a la gente a que se retire del mundo y entre en una especie de campaña privada para salvar su propia alma; la usa para exhortar a entrar en el mundo y servir a nuestros semejantes. Tal como Pedro lo ve una persona será feliz si el final la encuentra, no viviendo como un ermitaño, sino sumergida en el mundo sirviendo a sus semejantes.

(i) En primer lugar, Pedro exhorta a su gente a practicar el deber de la hospitalidad. Sin hospitalidad la Iglesia Primitiva no podría haber existido. Los misioneros ambulantes que extendieron la buena noticia del Evangelio tenían que encontrar algún sitio donde parar, y no podía ser más que en los hogares de los cristianos. Las posadas que había eran imposiblemente caras, asquerosamente sucias y notoriamente inmorales. Así que encontramos a Pedro alojándose con un cierto Simón curtidor (*Hechos 10:6*), y Pablo y su compañía con un cierto Mnason, de Chipre, uno de los primeros discípulos (*Hechos*

21:16). Muchos hermanos anónimos de la Iglesia Primitiva hicieron posible la obra misionera abriendo la puertas de su hogar.

No eran los misioneros los únicos que necesitaban hospitalidad; las iglesias locales también. Durante doscientos años no hubo tal cosa como edificios de iglesia. La congregación se veía obligada a reunirse en la casa de los que tuvieran habitaciones grandes y estuvieran dispuestos a prestarlas para los cultos. Así leemos de la iglesia que estaba en la casa de Áquila y Priscilla (*Romanos 16:5*; *1 Corintios 16:19*), y de la iglesia que estaba en la casa de Filemón (*Filemón 2*). Si no hubiera sido por la hospitalidad de aquellos que estaban dispuestos ofrecer sus hogares la Iglesia original no se habría podido reunir para hacer el culto.

No nos sorprende que una y otra vez se recuerde en el Nuevo Testamento a los cristianos el deber de la hospitalidad. El cristiano debe entregarse a la hospitalidad (*Romanos 12:13*). El obispo debe practicar la hospitalidad, (*1 Timoteo 3:2*). Las viudas de la iglesia deben haber alojado a extranjeros (*1 Timoteo 5:10*). El cristiano no debe olvidar acoger a extranjeros y debe recordar que algunos que lo hicieron recibieron en sus casas a ángeles sin darse cuenta (*Hebreos 13:2*). El obispo debe amar la hospitalidad (*Tito 1:8*). Y debemos recordar siempre que se les dijo a los de la mano derecha: «Fui extranjero, y me disteis la bienvenida;» mientras que la condenación de los de la izquierda fue, entre otras cosas, porque: «Fui un extranjero y no me disteis la bienvenida» (*Mateo 25: 35, 43*).

En sus primeros días, la iglesia dependía de la hospitalidad de sus miembros; y hasta el día de hoy, no se puede hacer nada mejor que dar la bienvenida en un hogar cristiano a un extranjero en un lugar extraño.

(ii) Los dones que tenga una persona debe ponerlos sin regañadientes al servicio de la comunidad. Esta es también una idea favorita del Nuevo Testamento que Pablo expande en *Romanos 12:3-8* y *1 Corintios 2:12*. La iglesia necesita todos los dones que pueda tener una persona. Puede que sea el de

hablar en público, el de la música, el de la habilidad para visitar. Puede ser una habilidad o maña que se puede usar en el servicio práctico de la iglesia. Puede que sea una casa que alguien tenga, o el dinero que ha heredado. No hay dones que no se puedan poner al servicio de Cristo.

El cristiano tiene que considerarse un administrador de Dios. En el mundo antiguo, el administrador era muy importante. Puede que fuera un esclavo, pero tenía en sus manos la hacienda de su amo. Había dos clases principales de administradores: El *dispensator*, el mayordomo que era responsable de todos los asuntos domésticos de la familia y repartía las provisiones de la casa; y el *vilicus*, que estaba a cargo de todos los negocios de su amo y actuaba en su representación con sus arrendatarios. El mayordomo sabía muy bien que ninguna de esas cosas sobre las que ejercía control le pertenecía; todas pertenecían a su amo. Y de todo lo que hacía tenía que dar cuenta a su amo, cuyos intereses debía servir.

El cristiano siempre debe tener la convicción de que nada de lo que posee de bienes materiales o de cualidades personales es suyo propio; todo pertenece a Dios y debe usarlo en el interés de Dios ante Quien siempre es responsable.

LA FUENTE Y EL OBJETIVO DE TODO ESFUERZO CRISTIANO

1 Pedro 4:11

El que tiene el ministerio de la Palabra, que hable comunicando dichos enviados de Dios. El que presta un servicio cualquiera, que lo realice como el que lo ha recibido de la fuerza que Dios suple, de manera que Dios reciba la gloria en todas las cosas que se hacen mediante Jesucristo, a Quien pertenecen la gloria y el poder por siempre jamás. Amén.

Pedro está pensando en las dos grandes actividades de la iglesia cristiana: la predicación y el servicio cristiano. La palabra que usa para *dichos* es *loguía*. Esta es una palabra con un trasfondo divino. Los paganos la usaban para los oráculos que les venían de sus dioses; los cristianos la usaban para las palabras de la Escritura y de Cristo. Pedro está diciendo: «Si uno tiene el ministerio de la predicación, que no lo ejerza ofreciendo sus opiniones particulares o propagando sus propios prejuicios, sino como el que transmite un mensaje de Dios.» Se dijo de un gran predicador: «Primero escuchaba a Dios, y entonces hablaba a la gente.» Se decía de otro que, de cuando en cuando se paraba, «como para escuchar una voz.» Aquí está el secreto del poder de la predicación.

Pedro sigue diciendo que si un cristiano se ocupa del servicio práctico debe cumplirlo con la fuerza que Dios sufre. Es como si dijera: «Cuando te has comprometido a realizar un servicio cristiano, no debes hacerlo como si estuvieras prestando un favor personal o distribuyendo bienes de tu propio almacén, sino siendo consciente de que lo que das lo has recibido tú antes de Dios.» Tal actitud protege al que da, del orgullo, y al que recibe, de la humillación.

La finalidad de todo es que Dios sea glorificado. La predicación no se hace para que el predicador despliegue sus cualidades sino para poner a la gente cara a cara con Dios. El servicio no se otorga para conferir prestigio al dador sino para volver los pensamientos de las personas a Dios. E. G. Selwyn nos recuerda que el lema de la gran orden benedictina son cuatro letras: IOGD, (*ut in omnibus glorificetur Deus (para que en todas las cosas Dios sea glorificado)*). Una nueva gracia y gloria entrarían en la iglesia si todos los miembros dejaran de hacer las cosas por sí mismos y las hicieran para Dios.

LA PERSECUCIÓN INEVITABLE

1 Pedro 4:12-13

Queridos hermanos: No toméis la prueba de fuego que estáis pasando y que os ha sobrevenido para poneros a prueba como nada extraño; como si fuera algo del otro mundo; sino estad contentos de compartir los sufrimientos de Cristo, porque así podréis participar de la felicidad total cuando se revele Su gloria.

Sería natural que la persecución fuera una experiencia mucho más demoleadora para los gentiles que para los judíos. Un gentil medio tendría muy poca experiencia de ella; pero los judíos habían sido siempre el pueblo más perseguido de la Tierra. Pedro está escribiendo a cristianos que eran gentiles, y tenía que tratar de ayudarlos mostrándoles la persecución en sus auténticos colores. Nunca es fácil ser cristiano. La vida cristiana conlleva su propio aislamiento, su propia impopularidad, sus propios problemas, sus propios sacrificios y sus propias persecuciones. Conviene, por tanto, tener en mente ciertos grandes principios.

(i) Pedro está convencido de que la persecución es inevitable. Es algo natural en los seres humanos el mirar con suspicacia y rechazar todo y a todos los que son diferentes; el cristiano es necesariamente diferente de la persona del mundo. El impacto particular de la diferencia cristiana hace más agudo este asunto. El cristiano trae al mundo los parámetros de Jesucristo. Eso es lo mismo que decir que es inevitablemente una especie de conciencia para la sociedad en la que se mueve; y muchos eliminarían de buena gana los tics molestos de la conciencia. La misma bondad del Cristianismo puede ser una ofensa para el mundo, en el que la bondad es un obstáculo.

(ii) Pedro está convencido de que la persecución es una prueba, y esto en un doble sentido. La devoción de una persona a un principio se puede medir por su voluntad de sufrir por

él; por consiguiente, cualquier clase de persecución es una prueba de la fe de la persona. Pero es igualmente cierto que es solamente el cristiano auténtico el que es perseguido. No so: persigue al cristiano que hace componendas con el mundo. En un doble sentido la persecución es la prueba de la autenticidad de la fe.

(iii) Ahora llegamos a cosas que elevan el ánimo. La persecución es estar en solidaridad con los sufrimientos de Jesucristo. Cuando una persona tiene que sufrir por su cristianismo, está andando por el camino que recorrió su Maestro y compartiendo la Cruz que llevó su Maestro. Este es un pensamiento favorito del Nuevo Testamento. Si sufrimos con Él, seremos glorificados con Él (*Romanos 8:17*). Pablo deseaba estar en solidaridad con los sufrimientos de Cristo (*Filipenses 3:10*). Si sufrimos con Él, reinaremos con Él (*2 Timoteo 2:12*). Si tenemos esto presente, cualquier cosa que tengamos que sufrir por causa de Cristo se convertirá en un privilegio y no en un castigo.

(iv) La persecución es el camino a la gloria. La Cruz es el camino a la corona. Jesucristo no quedará en deuda con nadie, y Su gozo y corona esperan a la persona que, contra viento y marea, Le permanece fiel.

LA BIENAVENTURANZA DE SUFRIR POR CRISTO

1 Pedro 4:14-16

Si os desprecian e insultan porque lleváis el nombre de Cristo, ¡bienaventurados vosotros!, porque la presencia de la gloria y el Espíritu de Dios reposan sobre vosotros. Que ninguno de vosotros sufra por ser un asesino, o un ladrón, o un malhechor, o un metomentodo. Pero si sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que dé gloria a Dios por serlo.

Aquí dice Pedro la cosa más grande de todas. Si una persona sufre por Cristo, *la presencia de la gloria* descansa sobre ella. Esta es una frase misteriosa. Creemos que no puede querer decir más que una cosa. Los judíos tenían la concepción de la *Sejiná*, *el resplandor glorioso de la misma presencia de Dios*. Esta concepción aparece constantemente en el Antiguo Testamento «A la mañana -dijo Moisés- veréis la gloria del Señor» (*Éxodo 16:7*). «La gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días,» cuando la ley le fue entregada a Moisés (*Éxodo 24:16*). En el tabernáculo Dios se había de reunir con Israel, y había de ser santificado con Su gloria (*Éxodo 29:43*). Cuando el tabernáculo estuvo terminado, «entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el tabernáculo» (*Éxodo 40:34*). Cuando el arca del pacto se trajo al templo de Salomón, «la nube llenó la casa del Señor. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria del Señor había llenado la casa dei Señor» (*1 Reyes 8:10s*). Esta idea de la *Sejiná*, la gloria luminosa de Dios, ocurre repetidamente en el Antiguo Testamento.

Pedro está convencido de que ese resplandor de gloria descansa sobre la persona que sufre por Cristo. Cuando estaban juzgando a Esteban para condenarle a muerte, «todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (*Hechos 6:1 S*).

Pedro pasa a indicar que es como cristiano como uno debe sufrir, y no como malhechor. Las maldades que especifica están suficientemente claras hasta que llegamos a la última. Un cristiano, dice Pedro, no tiene que sufrir por ser un *al. lotriepískopos*. El problema es que esta palabra no aparece en ningún otro texto griego, y puede que Pedro se la inventara. Puede tener tres posibles significados, todos los cuales serían pertinentes. Viene de dos palabras *al.lotrios*, *perteneciente a otro*, y *epískopos*, *el que mira sobre o el que mira dentro de*. Por tanto, quiere decir literalmente *mirar sobre, o dentro de lo que le pertenece a otro*.

(i) El mirar sobre lo de otro puede ser mirarlo con ojos codiciosos. Así es como tanto la biblia latina como Calvino tomaron esta palabra: que el cristiano no debe ser *codicioso*

(ii) El mirar sobre lo que le pertenece a otro bien puede querer decir estar más interesado de la cuenta en los negocios ajenos y ser un fastidioso metomentodo. Ese es con mucho el sentido más probable. Hay cristianos que hacen un montón de daño con sus intromisiones y críticas erróneas. Esto querría decir que el cristiano no debe ser un *zascandil metomentodo*. Eso tiene sentido y ofrece, creemos, el mejor sentido.

(iii) Hay una tercera posibilidad. *Al.lotrios* quiere decir lo que pertenece a otro; es decir, lo que a uno le es extraño. Siguiendo esta idea, *al.lotriepískopos* querría decir *supervisar lo que le es extraño a uno*. Lo cual se podría referir a un cristiano que se mete en asuntos que no corresponden a la vida cristiana. Eso querría decir que un cristiano nunca debería involucrarse en cosas que son ajenas a la vida que debería vivir.

Aunque los tres sentidos son posibles, creemos que el tercero es el correcto.

La enseñanza de Pedro es que si un cristiano tiene que sufrir por Cristo, debe ser de tal manera que su sufrimiento traiga gloria a Dios y al nombre que lleva. Su vida y conducta deben ser la mejor demostración de que no merece el sufrimiento que le ha sobrevenido, y su actitud hacia él debe honrar el nombre que lleva de cristiano.

DEJAR TODA LA VIDA EN LAS MANOS DE DIOS

1 Pedro 4:17-19

Porque ya es hora de que empiece el juicio por la casa de Dios. Y, si empieza por nosotros, ¿en qué acabarán los que no hacen caso de la Buena Noticia que nos ha venido de Dios? Y, si el justo se salva por los

pelos, ¿dónde irán a parar el impío y el pecador? Así que, los que sufran por vivir conforme a la voluntad de Dios, que Le encomienden sus almas al Que es nuestro Creador y de Quien podemos depender, y que sigan haciendo el bien.

Tal como Pedro lo veía, era tanto más necesario el que el cristiano hiciera lo que es debido por cuanto el juicio estaba a punto de empezar.

Y empezaría por la casa de Dios. Ezequiel oyó la voz de Dios proclamando el juicio de Su pueblo: «Y comenzaréis por Mi santuario» (*Ezequiel 9:6*). Donde se ha tenido el mayor privilegio, el juicio será el más severo.

Si el juicio ha de recaer sobre la casa de Dios, ¿cuál será la suerte de los que han sido totalmente desobedientes a la invitación y al mandamiento de Dios? Pedro confirma esta llamada con una cita de *Proverbios 11:31*: «Si el justo recibe su merecido en la tierra, ¡cuánto más el malvado y el pecador!»

Por último, Pedro exhorta a los suyos a confiarle sus vidas a Dios, el Creador en Quién pueden confiar de veras. La palabra que usa para confiar es *paratíthesthai*, que es el término técnico para *depositar dinero con un amigo de confianza*. En la antigüedad no había bancos, y pocos lugares realmente seguros donde uno pudiera depositar dinero. Así que, antes de emprender un largo viaje, muchos solían dejar su dinero al cuidado de un amigo de confianza. Tal depósito se consideraba una de las cosas más sagradas de la vida. El amigo estaba totalmente comprometido por su honor y su religión a devolver el depósito intacto.

Heródoto (6:86) cuenta la historia de uno de esos depósitos. Cierta milesio fue a Esparta, porque había oído que los espartanos cumplían estrictamente con su honor, y le confió su dinero a un cierto Glauco. Le dijo que a su debido tiempo sus hijos lo reclamarían, presentando pruebas que identificaran su identidad sin dejar lugar a dudas. Pasó el tiempo, y los hijos se presentaron. Traicioneramente, Glauco dijo que no se